
Impulsiva
Annabeth Berkley

Impulsiva

Serie Valientes XI



IMPULSIVA

ANNABETH BERKLEY

© 2025, Annabeth Berkley

ISBN: 9798287924348

Diseño de cubierta: Yolanda Pallás

Imágenes compradas en Adobe Stock o similares

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

«Hay que tener en cuenta que el impulso
es el vehículo de la emoción y que la semilla de todo impulso
es un sentimiento expansivo
que busca expresarse en la acción».
Daniel Goleman

Con todo mi cariño para las mujeres que se dejan llevar por el corazón.

Impulsiva

1886

Maggie Wilson parpadeó sorprendida ante la inesperada petición de matrimonio del apuesto desconocido que se había acercado a ella al salir de la consulta del doctor.

—Perdón, ¿puede repetirme la pregunta? Me ha parecido entender que me proponía matrimonio.

—Así es —insistió el hombre que, educado, se había quitado el *Stetson* para hablar con ella.

Era alto, delgado y con un brillo de dolor en sus ojos verdes que casi podía encoger el alma de quien lo percibiera.

Por un momento, Maggie sintió que el tiempo se había paralizado, dejándolos a solas en las polvorientas calles de Henleytown, cuando el sol de mediodía apretaba con fuerza.

—¿Nos conocemos? —le preguntó extrañada, sin negarse a la posibilidad que le había propuesto.

—No. Me llamo Connor Latimer. Soy el capataz del aserradero y me urge encontrar una esposa.

Maggie le miró con cierta desconfianza. Sabía que varios hombres habían pedido esposas por correo. Su madre había sido una de las que había respondido esas cartas y por ese motivo se encontraban en Henleytown, pero que un hombre, guapo y aparentemente correcto, se cruzara con una mujer en la calle, a plena luz del día, y le propusiera matrimonio sin síntomas de embriaguez era, cuanto menos, curioso.

—Supongo que no le sirven para sus propósitos las mujeres del *Saloon*.

Connor Latimer apretó los labios con fuerza. Esa desconocida de cabello trenzado y grandes ojos oscuros enmarcados en largas pestañas lo miraba como si le hubieran salido dos cabezas. Podía

comprender su escepticismo, pero no le importaba. Como tampoco le importaban sus dudas o la negativa que pudiera darle. Si ella no accedía, encontraría otra.

—No. Necesito… Quiero una mujer respetable y juiciosa para que cuide de unas niñas. Mi hermana ha fallecido y la condición para ser el tutor legal de sus hijas es estar casado —le explicó con firmeza y determinación.

Maggie sintió el amor y la fidelidad hacia su hermana en sus palabras y en el brillo de sus ojos. La vehemencia con la que las pronunció le inflamó el corazón. Parecía un buen hombre.

—Mi madre no estaría de acuerdo en lo de juiciosa y más si acepto su proposición. Me parece un gesto muy bonito hacia su hermana. Siento mucho que la haya perdido. ¿Estaban muy unidos?

Él bajó la cabeza, apenado, tragando saliva con gran esfuerzo, antes de volver a mirarla. Le costaba hablar de ella, sobre todo cuando se sentía, en parte, responsable de lo que le había sucedido. No volvería a fallarle. Cuidaría de sus hijas y les recordaría siempre el amor que, sin duda, su hermana sentiría por ellas.

—Belinda se casó en cuanto tuvo la oportunidad y se marchó de casa. Acabo de enterarme de su fallecimiento. Si no me quedo con sus hijas, su custodia pasará a manos de mi padre y eso no lo permitiré jamás. Necesito una esposa para reclamar y exigir la custodia de mis sobrinas.

El corazón de Maggie empezó a latir con fuerza, haciendo que se ruborizara. Esa mirada fiera, esa fidelidad y esa responsabilidad por cuidar a unas niñas, le habían llegado al alma. Realmente, parecía un buen hombre. ¿Qué más se le podía pedir a un esposo?

—Doy por hecho que le da igual una mujer que otra—. Miró hacia atrás. Ella acababa de salir de la consulta del doctor que era hacia donde se dirigía él. ¿Quizá había ido a buscar a su hermana? —. ¿Venía a ofrecerle matrimonio a Joanna? No sé si es justo que yo lo acepte sin darle a ella la oportunidad de hacerlo o de negarse.

—Si se refiere a la ayudante del doctor, no la conozco. He sido sincero en mi interés en contraer matrimonio —insistió— y no le voy a negar que si usted no acepta, le haré la misma pregunta a cuantas mujeres encuentre a mi paso hasta que alguna acepte. Pero le

prometo que a mi lado jamás le faltará de nada y no la dañaré nunca.

Maggie meditó por segundos sus palabras. Su madre había tenido que aceptar un matrimonio por correspondencia al quedarse viuda y sin dinero. Su futuro allí era tan incierto como podría serlo contraer matrimonio con un desconocido, del que no sabía nada, que manifestaba, con mucha convicción y vehemencia, la importancia que daba a la familia. Quizá no encontrara otro hombre así nunca, y, según su madre, debido a su carácter, sería difícil que alguno la pretendiera alguna vez. Asintió convencida.

—No sé lo que espera de una esposa, señor Latimer, pero debo avisarle, antes de que sea demasiado tarde para usted, que entre mis cualidades no se encuentra ser sumisa.

—Me parece bien. No quiero una mujer abnegada a mi lado. Quiero una esposa que luche conmigo por darle un hogar a mis sobrinas.

—Entonces, seré su esposa, señor Latimer. Me llamo Maggie —. Su corazón latió jubiloso, para su sorpresa, ante esa declaración.

Connor cerró los ojos, aliviado, antes de lucir una sonrisa radiante que transmitía una devoción y una gratitud infinita. La miró satisfecho, se colocó el sombrero y la tomó por las manos conteniendo su impulso de tomarla por la cintura y levantarla en volandas girando a la vez.

—Llámeme Connor —. No podía ocultar la alegría que sentía en ese momento—. Le prometo, Maggie, que jamás se arrepentirá de ello.

Maggie sintió cómo sus manos encajaban a la perfección entre las suyas, cómo ardían ante su contacto, sintiéndose protegidas. Sus dedos se entrelazaron dejándola sin habla mientras su corazón se agitaba radiante ante esa mirada tan transparente y esa afirmación tan rotunda y sincera.

—Haré lo posible para que usted tampoco se arrepienta jamás de esto.

—Con que cuide a las niñas de la mejor manera posible, me daré por satisfecho.

Maggie asintió convencida.

—Lo haré.

—Hablaré con sus padres si me dice donde vive e iré a buscar al párroco. Si todos están de acuerdo podemos celebrar la boda este domingo tras el sermón.

—Vivimos en la casa del señor Fox.

Maggie lo vio alejarse a paso ligero tras asentir con un gesto de cabeza. Esperó a que cierta desazón e intranquilidad hicieran mella en ella tras su impulsiva decisión, pero ambas sensaciones no llegaron en ningún momento. Lo cierto era que, inexplicablemente, solo sentía ganas de reír.

Volvió a la consulta de la que acababa de salir. Joanna, su hermana, estaba colocando con cuidado, algunas medicinas en una pequeña alacena acristalada.

—Voy a casarme —le informó sonriente.

—Sí, bueno, yo también —le respondió Joanna—. Algún día.

—No, no. Voy a casarme el domingo.

Joanna dejó lo que estaba haciendo y miró a su hermana, incrédula.

—¿A qué te refieres?

—Acabo de aceptar la proposición de Connor Latimer, el capataz del aserradero. Voy a casarme el domingo y solo tengo ganas de reír —la abrazó ilusionada.

Joanna parpadeaba sorprendida ante la alegría de su hermana.

—Pero… ¿quién es ese hombre? ¿Lo conocemos? ¿Mamá está de acuerdo? ¿Desde cuándo te está cortejando? ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Acabo de conocerlo. Creo que venía a buscarte a ti. No te importa, ¿verdad?

—Margaret Claire Wilson, ¿estás loca? Siempre has sido impulsiva, pero esto roza la locura. ¿Has aceptado la proposición de un hombre al que no conoces?

—¿Acaso no hizo mamá lo mismo con el señor Fox?

—Sí, pero… pero… No. Mamá no tenía muchas más posibilidades y no teníamos recursos. Tú eres una mujer joven, guapa y fuerte. Cualquier hombre podría enamorarse de ti.

Maggie hizo una mueca despectiva.

—¿Tú crees? No es lo que me repite mamá cada día.

—¿Por eso lo has aceptado? Es cierto que no eres dulce ni sumisa, ni sabes mantener la boca cerrada, pero eres encantadora, Maggie. Cualquier hombre se sentiría afortunado y orgulloso de casarse contigo.

—Pues ya está. Ese hombre es Connor Latimer y, según parece, así se siente.

Joanna suspiró resignada, rindiéndose ante la visible ilusión de su hermana.

—¿Por qué estás tan contenta? Te has quejado del matrimonio de mamá desde el principio y tú acabas de aceptar a un hombre del que solo sabes su nombre.

Maggie sonrió iluminando la estancia con el brillo de su mirada.

—Porque es cariñoso, fuerte y protector, Joanna. Buscaba una esposa para quedarse con la custodia de las hijas de su hermana. ¿No te parece un gesto loable por su parte?

—Supongo que sí, pero… ¿el amor?

—El amor no existe.

Joanna abrió la boca sorprendida.

—Acabas de señalar que él quiere sacrificar su vida…

—Gracias por verme como un sacrificio.

—No. Me refiero a que él ama a su hermana, a sus sobrinas… El amor existe.

—Bueno, sí, y yo también te quiero mucho. Es el amor de pareja el que no existe.

—Maggie… claro que sí… ¿No?

—Yo no voy a esperar a que llegue. Me casaré con el señor Latimer el domingo y cuidaré a sus sobrinas. Con tener una vida medianamente confortable en este lugar me daré por satisfecha. Mira a tu alrededor, Joanna. Esta es nuestra vida desde que llegamos con mamá. Tú tienes el aliciente de ayudar al doctor, pero yo ¿qué tengo? Ahora por lo menos, tendré mi propia vida, mi propia familia.

Joanna asintió comprensiva, empezando a contagiarse de la ilusión de su hermana.

—Quizá surja el amor entre vosotros… ¿Es guapo?

—No te voy a negar que me parece apuesto.

No iba a confesarle que su firmeza y convicción le habían rozado el corazón.

—Supongo que eso está bien para empezar... —la apoyó antes de abrazarla—. Espero que seas muy feliz, Maggie.

Maggie se refugió en su abrazo, emocionada. Se sentía satisfecha, radiante, y entusiasmada por el nuevo paso que iba a dar en su vida. Sería la mejor madre para esas niñas y la mejor esposa para el hombre que había confiado en ella. Por fin, su vida allí, empezaba a tener sentido.

Poco después, salió sonriente de la consulta. Debía terminar de comprar lo que su madre le había pedido antes de volver a casa para contarle lo que había ocurrido.



Connor se dirigió hacia la casa de Fox. Por lo que sabía era uno de los hombres que más tiempo llevaba en Henleytown, y era asiduo al *Saloon*.

Esperaba encontrar allí a la madre de la que iba a ser su esposa. No iba a negar que le había sorprendido encontrar una tan rápido. Se había planteado solicitar alguna por correo. Judith, la esposa de Duncan, uno de los dueños del aserradero, había llegado allí por ese motivo y había resultado ser bonita, hacendosa y valiente. Quizá él también podría haber encontrado alguna de esa manera, pero tenía demasiada prisa y estaba satisfecho con… Maggie. Así se llamaba.

Era bonita y parecía agradable. Además, le había dado la impresión de que sería una buena madre para sus sobrinas. Su hermana podría descansar en paz.

Podía recordar todas y cada una de las discusiones que Belinda había mantenido con su padre acerca de la obligación de contraer matrimonio con quien él considerara apropiado. Su hermana se

había enamorado de un joven sin clase, un obrero sin dinero que malvivía con trabajos ocasionales. Un cazafortunas.

Él se había posicionado de parte de su padre. Quería lo mejor para su hermana, y un hombre así no le aseguraba un buen futuro. Le costaba asumir que se había equivocado. Su hermana había aceptado discusiones, castigos y encierros negándose a un matrimonio sin amor.

¿Amor? ¿Qué era eso? Belinda era muy joven y demasiado soñadora. Intentó huir con ese pobre desarrapado con el consiguiente escándalo, consiguiendo solo aumentar la rabia de su progenitor que empezó a utilizar la fuerza para someterla. Finalmente, agotada, se rindió. Aceptó su matrimonio con el hombre que su padre había elegido.

No sabía lo que había ocurrido. La última vez que la había visto, su hermana parecía una sombra de lo que había sido. Sus ojos estaban tristes, sin vida, su cuerpo escuálido pese a estar embarazada de su segundo bebé y la ilusión que siempre había mostrado era como si hubiese abandonado su cuerpo. Entre su padre y su esposo parecían haberle quebrado el alma.

Se sintió responsable de ella por unos breves instantes, pero era una mujer y se debía a su esposo. Él iba a aventurarse en el oeste, cansado de estar a la sombra del hombre arrogante, controlador y manipulador que era su padre. Comprendió a su hermana, su necesidad de escapar de casa, de huir de él. Belinda se había atrevido a desafiarlo para acabar finalmente en un matrimonio que había resultado ser otra cárcel.

No le había pedido disculpas. Se arrepentía de ello. Debía haberla ayudado a salir de esa situación. Subsanaría su error con sus hijas. Las cuidaría como debía haber cuidado de ella, se prometió llegando frente a una modesta edificación.

Una mujer rolliza de cabello oscuro estaba recogiendo las sábanas tendidas en un lateral de la casa. Se acercó a ella, reconociéndola como la mujer que más de una vez había aparecido en la cantina buscando a Fox y regañando a todo el que quisiera prestarle atención por los excesos que se cometían al beber alcohol.

—Disculpe, señora Fox, ¿podría hablar con usted un momento?

La mujer de ojos oscuros lo miró de arriba abajo con curiosidad.

—¿Lo conozco de algo, joven?

—No... Bueno, quizá alguna vez hemos coincidido en la cantina.

—¿Y que desea de mí alguien propenso a consumir alcohol? —le preguntó con los brazos en jarras y gesto amonestador.

—Yo no… Venía a pedirle la mano de su hija.

Mariah levantó la barbilla altiva tratando de disimular su sorpresa.

—¿Mi hija?

—Sí, señora. Lo he hablado con ella y está de acuerdo.

Mariah se cruzó de brazos, incrédula. Ese joven parecía demasiado decidido.

—Advertí a mi hija que una mujer sola no debía exponerse a la posibilidad de conocer a cualquier hombre que paseara por la calle, pero ella insistió e insistió… ¿Cómo la conoció?

—En la puerta de la consulta, esta mañana.

—¿Esta mañana? ¿Y cree que puede garantizarle una vida feliz y dichosa a su lado con solo un simple encuentro?

—No tengo tiempo de mucho más.

—¿Y qué le hace pensar que voy a aceptar su proposición?

—Ella ya lo ha hecho.

—¿De verdad? Me pareció entender que la había conocido hoy. Dudo que haya aceptado sin conocerlo y sin saber siquiera si comparten las mismas inquietudes.

—Así ha sido.

Mariah lo miró con manifiesta desconfianza.

—¿Y piensa darle la libertad que ella necesita? Porque conozco bien a mi hija y no se someterá a estar encerrada en una casa limitándose a lavar su ropa —le señaló las sábanas.

—No voy a someterla —respondió extrañado—. Espero que sea mi compañera y que juntos formemos una familia estable. La necesito para ello. He sido sincero con ella, y lo soy con usted. Necesito una madre para obtener la custodia de las hijas de mi hermana. Ella ha aceptado.

La incredulidad de Mariah se reflejó en su rostro.

—¿Eso es lo que le ha ofrecido?

—Una familia, sí.

—Un matrimonio no es fácil. Créame —se acercó a él, caminando con firmeza—. Yo he pasado por dos. Llegué aquí porque el señor Fox me ofreció una segunda oportunidad después de fallecer mi esposo. Espero que sepa lo que está haciendo. No he criado una hija débil. De hecho, y aunque a veces no quiera reconocerlo en su presencia, ninguna de las dos lo son.

—Debo decirle que ha hecho un buen trabajo.

Quizá si su hermana no se hubiera doblegado a la voluntad de su padre pese a sus obligaciones y exigencias… No. Era absurdo remover el pasado. Tampoco sabía qué podía haber sido de ella.

—Usted le ha contado su situación y a mi hija le ha parecido bien. Estoy totalmente convencida de que mantendrá su palabra.

—Confío en ella.

—Poco más puedo decir. Si está seguro y Joanna ha aceptado, no me negaré.

—¿Joanna? No la conozco. Hablo de Maggie.

—¿Maggie? ¿Quiere casarse con Maggie? —parpadeó sorprendida —. Haber empezado por ahí… ¿Dice que ella le ha aceptado?

—Así es. Hablaré con el párroco para celebrar el enlace el próximo domingo.

—Tiene mi bendición —sonrió satisfecha.

Connor la miró extrañado. ¿Creía que habían estado hablando de su otra hija? ¿Qué tenía Maggie de malo que no le había costado nada convencerla?

—Eh… ¿Hay algo que deba saber con respecto a ella?

—Dios se lo mostrará a su debido tiempo —le sonrió.

—No sé si eso es bueno o malo —musitó extrañado.

—Me ha contado su situación, señor Latimer, y mi hija la conoce. No tengo duda de que Maggie cumplirá con su responsabilidad. Usted parece un hombre de honor. Espero que la trate como le corresponde.

—Le doy mi palabra.

—Muy bien. El domingo nos vemos.

Connor asintió no tan convencido como había esperado.



Cuando Maggie, poco después, llegó a casa con las semillas que su madre le había pedido, la encontró en su dormitorio, rebuscando en uno de los viejos baúles con los que había viajado hasta allí.

—Madre, ¿qué haces? Tengo que contarte una cosa.

—No sé ni por qué lo traje… quizá esperaba que llegara este momento —comentaba ligeramente emocionada mientras sacaba un bonito vestido de gala en color crema.

Miró a su hija plantada frente a la puerta con el rostro expectante.

—No te voy a negar que tenía mis dudas.

—¿Sobre qué?

—Sois testarudas, desafiantes y obstinadas.

—Ya empezamos… —suspiró Maggie—. ¿Y ahora qué he hecho?

—Tú, además, eres una respondona. Joanna hace lo que quiere, aunque, por lo menos, se mantiene callada, pero tú…

—Te recuerdo que nos parecemos a ti, madre.

—Yo ya tengo una edad y puedo ser lo que quiera —le tendió el vestido—. Este lugar no es para mujeres débiles.

—Por eso estamos aquí, ¿no? ¿No es este tu vestido de boda? ¿Qué haces con él?

—Dímelo tú.

Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Maggie.

—¿Cómo te has enterado?

—Cierto caballero vino a pedir tu mano.

—¿De verdad?

—No hubiera permitido que fuera de otra manera. No estás sola y debe saberlo desde el primer día. Te ha respetado y me ha respetado a mí. Aunque yo sé que te hubieras casado sin mi permiso.

Maggie se había situado frente al espejo sujetando el vestido sobre el que llevaba para verse reflejada en él. Quizá habría que ajustarlo, pero era realmente bonito.

—¿Estás de acuerdo?

—No voy a negar que me ha sorprendido. Pensaba que tu hermana contraería matrimonio antes, si encuentra algún hombre que le permita pasar consulta junto al doctor, en lugar de estar cuidando la casa, pero cuando el señor Latimer me ha contado que necesitaba una madre para sus sobrinas he comprendido que eras la mujer indicada para él.

Maggie miró a su madre, emocionada.

—¿De verdad lo crees?

—Parece un buen hombre y le honra lo que va a hacer por esas niñas. Tú no ibas a conformarte con una vida sencilla. Sacar adelante a esas niñas, formar un hogar para ellas puede ser un desafío para ti. Además, me ha parecido un hombre apuesto, ¿no crees?

Maggie se ruborizó mientras asentía.

—Espero que seas muy feliz —le dijo antes de abrazarla.

—Yo también, madre.



Connor entró en la pequeña oficina del aserradero donde uno de sus propietarios, Duncan Lewis, estaba sentado frente al escritorio, revisando el último pedido que habían recibido.

—Dime, Latimer.

—Voy a casarme.

El hombre alto, de cabello oscuro y ceño fruncido, dejó lo que estaba haciendo para mirarlo sorprendido.

—Ah, ¿sí?

—Sí, el domingo. Vengo de hablar con el párroco.

—¿Va todo bien? ¿Quién es la afortunada?

—Es una de las hijastras de Fox.

—Creo haberlas visto algún domingo. Una ayuda al doctor en su consulta.

—La otra.

Duncan asintió levantándose y tendiéndole la mano.

—Enhorabuena. No sabía que la estuvieras cortejando.

—Y no lo he hecho, pero mi hermana falleció y para obtener la custodia de sus hijas debo estar casado. Acabo de avisar a mi padre de mi matrimonio. En cuanto obtenga su respuesta, iré a la ciudad para traerlas conmigo. Quería comentártelo con tiempo porque me ausentaré unos días. Ya os avisaré.

—Siento lo de tu hermana, pero me alegro por tu matrimonio. Mi padre siempre decía que un hombre debía estar casado. No lo comprendí cuando a su edad pidió una esposa por correo, pero he de reconocer que tenía razón.

Connor se encogió de hombros.

—Apenas recuerdo a mi madre. Falleció cuando era un niño, poco después del nacimiento de Belinda. Mi padre se centró en los negocios. Yo crecí a su lado. Belinda entre doncellas y sirvientas. No quiero ni una cosa ni otra para sus hijas. Se lo debo a mi hermana.

Duncan asintió.

—No te arrepentirás. Tu esposa ya lleva tiempo aquí. Creo recordar que llegó a la vez que Judith. Ya conoce este lugar. No le costará adaptarse.

—Confío en eso.

—Se lo comentaré a Mathew cuando llegue, así que no te preocupes. Sal de viaje cuando tengas que hacerlo. Nos apañaremos.

Connor asintió agradecido antes de regresar a su puesto de trabajo. Se sentía a gusto allí. Era un trabajo físico, rodeado de naturaleza, muy diferente al que había aprendido con su padre en la ciudad. Si lo viera, trabajando de sol a sol, cubierto de polvo y serrín, le reprocharía, incansable, que lo hubiera abandonado, pero eso formaba parte del pasado que había dejado atrás. Solo regresaría a por sus sobrinas y las traería al que sería su nuevo

hogar. Las niñas crecerían felices allí. Él se encargaría de eso… junto a su desconocida esposa.



A Maggie le costaba dejar de mirar al hombre que tenía a su lado. Había aparecido frente a ella para ayudarla a descender del carro en el que habían llegado a la iglesia. La había tomado por la cintura con sus fuertes manos y apenas se había detenido a sonreírle antes de ayudar a bajar a su hermana. Su madre descendió ayudada por su esposo.

Él se había afeitado y arreglado para la ocasión y no recordaba haber visto otro hombre tan apuesto en su vida.

Cuando, con una media sonrisa, le ofreció el brazo para acompañarla a la iglesia tuvo que contener su emoción y la alegría que parecía querer desbordarla. Se sentía aceptada, valorada y estaba ilusionada por comenzar esa nueva vida con él.

Connor se sintió tremendamente aliviado en cuanto el párroco ofició la pequeña ceremonia que lo unió con la mujer que tenía al lado. No había dejado de dar vueltas a la breve conversación que había tenido con la esposa de Fox. ¿Se habría equivocado al escoger a Maggie? Solo el tiempo lo diría. ¿Qué tenía que hacer una mujer además de cuidar el hogar y la familia? No se había planteado que su carácter pudiera ser un problema.

Cuando se dispuso a besarla al acabar la ceremonia, le extrañó el brillo de sus ojos y la sonrisa de su rostro. Era más bonita de lo que le había parecido al encontrársela frente a la consulta.

La besó por pura formalidad. Sintió que estaba más que dispuesta a recibir el beso, incluso a alargarlo. No se había planteado la intimidad con ella, aunque daba por supuesto que llegaría. La vida sería más placentera a su lado, pensó satisfecho.

No dejaron de recibir felicitaciones en el tiempo que duró el almuerzo compartido que se celebraba por costumbre todos los

domingos tras el sermón. Maggie se reunió con el resto de las mujeres de Henleytown para disponerlo todo. A él le costaba apartar la vista de ella. Risueña, bonita y hacendosa. No parecía que hubiera elegido mal, se convenció.

Sus miradas se cruzaron en multitud de ocasiones, como si no pudieran dejar de mirarse el uno al otro. A Connor le extrañaba esa sensación. A Maggie, le inflamaba el corazón.

Cuando por la tarde llegaron al que iba a ser su nuevo hogar, Maggie estaba expectante y emocionada. Su nueva vida acababa de empezar.

—Esta es la casa —le comentó Connor ayudándola a bajar de la carreta, satisfecho porque ella no quisiera huir de su lado en cuanto puso los pies en el suelo.

Más bien todo lo contrario. Lo miraba con los ojos brillantes, como si él fuera lo mejor que le hubiera sucedido nunca.

—Quizá quieras verla… —dio un paso atrás— y comprobar si necesitas algo. En cuanto reciba la respuesta de mi padre iré a por las niñas.

Maggie asintió mirando a su alrededor. Era un lugar cuidado, modesto y sencillo. No podía dejar de sonreír, dichosa. Sería su hogar.

—¿No prefieres enseñármela tú? —le preguntó siguiéndole.

—Ah… no hay mucho que ver. No es muy grande. Encargué dos camas en cuanto supe que… El carpintero las traerá en cuanto las tenga.

Maggie se detuvo en el porche.

—¿Podríamos colocar aquí un par de mecedoras?

—¿Mecedoras? Había pensado en colgar un columpio de las ramas de ese árbol de allí.

Maggie asintió mirando hacia el árbol. Un columpio estaría bien, pero las mecedoras también lo estarían.

—Desde las mecedoras podríamos verlo mientras hablamos.

—¿De qué?

Maggie se encogió de hombros. No sabía de qué podían hablar un hombre y una mujer, pero la escena que estaba imaginando, con

el sol poniéndose en el horizonte y una ligera brisa acariciando sus brazos, le estaba gustando lo suficiente como para insistir.

—De… nuestros planes… de cómo nos ha ido el día…

—¿Tendremos tiempo para eso? Paso el día en el aserradero.

—Vendrás a casa a dormir —le recordó con una sonrisa firme.

—Sí, pero… Sí... ya encargaré las mecedoras… —aceptó abriéndole la puerta para que entrara a la casa.

Empezaba a ser consciente de que la vida que había llevado hasta ese momento iba a cambiar. Se había acabado la soledad, la independencia o no dar explicaciones a nadie. Aunque el cambio no tenía por qué ser a peor. Maggie pasó por su lado, ante su atenta mirada, dejando un leve aroma a lavanda.

Maggie sonrió convencida. El interior era un reflejo del exterior. Pocos muebles, ninguna cortina, ningún cuadro, nada que reflejara una mano femenina y el habitual rifle tras la puerta, que ya se había acostumbrado a ver en todas las casas que había visitado. Convertiría ese lugar en un hogar, se prometió dichosa, para ellos y para esas niñas.

Connor la miraba sorprendido. Parecía realmente feliz. Había escogido bien.

—¿Te importa si coso unas cortinas y unos cojines?

—No, claro. Ahora es tu casa.

—Nuestra casa —le sonrió orgullosa.

—Sí… por supuesto… Puedes hacer lo que quieras. Tengo una cuenta abierta en el almacén de la señora Patterson… Eh… No me gusta derrochar, pero compra lo que necesites… para la casa y para ti.

Maggie asintió orgullosa. Su madre le había preparado un humilde ajuar que le había dado la noche anterior y que había olvidado en el carro que los había llevado allí.

—Gracias. No te arrepentirás de haberme escogido —le aseguró mirándole a los ojos, convencida.

—No suelo arrepentirme de lo que hago —le respondió manteniéndole la mirada.

Una oleada de calor recorrió el cuerpo de Maggie yendo a parar a sus mejillas. En ese momento, después del largo día, por fin estaban

solos. Iban a comenzar una vida en común. Connor carraspeó mientras se pasaba una mano por la frente para retirar el mechón de cabello que caía sobre ella. Dio un paso atrás, incómodo.

Esa sería su noche de bodas, sin embargo, no había pensado en ella. Maggie ya era su esposa, pero la quería para cuidar a sus sobrinas, no para… ¿o sí? No dejaban de ser un matrimonio ante los ojos de Dios.

—Traeré el equipaje del carro.

Maggie, ligeramente decepcionada, asintió. Le hubiera gustado un beso para sellar el compromiso o ese momento a solas donde nadie pudiera verlos. Ahogó un suspiro mientras lo siguió con la mirada, antes de volver a centrarse en lo que tenía a su alrededor.

Tenía mucho que hacer allí. Convertiría esa casa en un hogar antes de que llegaran las niñas. Así, Connor estaría más convencido de que había hecho una buena elección y quizá se mostrara más dispuesto a besarla.



Pocos días después, una mañana, Maggie escuchó el sonido de una carreta entrando en su propiedad. Antes de levantarse, miró satisfecha las puntadas del cojín que estaba cosiendo para uno de los sillones Dejó la costura sobre la mesita del salón y, tras mirar por la ventana, curiosa, salió intrigada.

Gideon, uno de los hombres del pueblo, de aspecto bonachón y tranquilo, detenía su carreta frente a la casa. Un desconocido alto, muy elegante y de cabello canoso, se apeó mirando despectivamente y con arrogancia a su alrededor. Maggie se sorprendió de su parecido con Connor. Parecía que lo estuviera viendo a él, dentro de unos años.

Una joven realmente bonita con un brillante vestido de viaje, descendió con ayuda del caballero. Las dos niñas pequeñas, con

bonitos vestidos azules, que estaban en la parte trasera parecían no querer bajar y miraban asustadas a su alrededor.

Podría pensar que eran una familia desorientada, pero el parecido de ese hombre con Connor era innegable. ¿Las niñas serían sus sobrinas? ¿Su padre había vuelto a contraer matrimonio con una mujer tan joven como ella?

Disimuló una mueca. No les esperaban y no había tenido tiempo ni de terminar las cortinas del salón. Si hubieran tardado unos días, habrían encontrado la casa un poco más acogedora. Ya no había remedio. Aunque, por lo menos, ese hombre le había ahorrado el viaje a Connor.

Descendió las escaleras y se acercó a ellos con una sonrisa agradable.

—Bienvenidos. Connor no esper…

—¿Es usted la sirvienta? Lleve nuestro equipaje a nuestras habitaciones —le indicó el hombre mirándola de arriba abajo con desprecio.

Maggie se ruborizó, sorprendida y humillada. No le gustaba esa actitud arrogante ni la visible repulsión que transmitía su mirada. ¿Quién se creía que era para tratarla así?

—Aquí no hay sirvientes, señor Latimer. Si quiere que su equipaje esté dentro, deberá llevarlo usted mismo —le respondió mientras su corazón palpitaba rabioso y agitado.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que ha oído —le respondió levantando la cabeza altiva, consciente del escrutinio al que tanto ese hombre, como la joven que lo acompañaba, la estaban sometiendo.

—Si no es la sirvienta, ¿quién es usted? —preguntó la joven de perfectos rizos rubios, llevándose una mano al pecho, afectada.

—Mi nombre es Maggie. Soy la esposa de Connor. No les esperábamos. Esperábamos una carta con la que Connor se pondría de viaje para recoger a las niñas.

Se acercó a la parte trasera de la carreta, ignorando, intencionadamente, a los dos adultos que no habían dejado de juzgarla con su mirada desde que habían llegado.

Les tendió los brazos a las dos niñas de cabello oscuro que la miraban inseguras y asustadas.

—Os estábamos esperando —les dijo con una sonrisa—. Vuestro tío quería ir a buscaros personalmente, pero vosotras habéis sido más rápidas.

Las dos niñas se miraron con timidez. Ella bajó los brazos, a los que no habían acudido, y para disimular su frustración y la tensión palpable del momento, les señaló un árbol.

—Ahí os vamos a colgar un columpio —les aseguró con una sonrisa—. Me llamo Maggie, ¿y vosotras?

—Yo soy Rose —se presentó la mayor, de seis años—, y ella es Conny —presentó a la pequeña, dos años menor.

—Conny se parece al nombre de tu tío Connor —le sonrió ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar.

—Eso decía mamá —le explicó Rose—, pero se llama Constance.

—Me llamo Conny —le corrigió la pequeña mientras Gideon, en silencio, descargaba todo el equipaje de la carreta.

—¡Callaos! —ordenó con un bramido el señor Latimer—. Usted, deje a las niñas y dígale a mi hijo que estoy aquí.

Maggie lo miró extrañada, y casi ofendida, por el tono de voz. Cruzó una mirada con Gideon que, con un gesto de cabeza, se despidió de ella y se alejó de la casa dejándola sola con los recién llegados. Volvió a mirar a los desconocidos. No iba a sentirse amedrentada en su propia casa.

—Connor llegará a la hora de la comida. Hasta entonces pueden llevar su equipaje dentro, aunque como no les esperábamos no tengo preparadas las habitaciones. Lo haré en un momento.

¿Cómo iban a dormir? La casa tenía solo dos dormitorios y, de momento, ellos ocupaban ambos pues Connor no parecía tener más interés que ella en compartir dormitorio. La primera noche le había dicho que iba a respetarla y ella, pese a que estaba más que dispuesta a que el matrimonio fuera real en todos los aspectos, había aceptado, segura de que en cualquier momento así sería.

Dio las manos a las niñas y se dirigió hacia la casa mientras la cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo que tenía que hacer.

—¿Me podría preparar un baño caliente? Estoy cansada del viaje y no me gustaría que Connor me viera con este aspecto.

Maggie se giró al escuchar esas palabras. ¿Un baño caliente? ¿Dónde? Ese era un lujo o un capricho que ni siquiera ella se daba desde que había llegado a Henleytown. Si su esposo acarreara el agua hasta la casa quizá… pero ¿dónde? No tenían espacio. Imposible. Tenía otras cosas en las que pensar que eran más urgentes. Entonces, frunció el ceño. ¿Por qué Connor tendría que verla con mejor aspecto? Si estaba perfecta…

—El río está en esa dirección —le señaló con fingida inocencia.

La mujer ahogó una exclamación, alarmada.

—Pero, ¿qué clase de vida es esta? ¿Acaso son salvajes que se bañan en el río? ¿Cómo duermen? ¿En el suelo?

Maggie se encogió de hombros.

—La casa no es muy grande así que sí, tendremos que preparar algunos colchones en el suelo, pero no se preocupen que, después de tan largo viaje —le mantuvo la mirada—, no creo que les cueste dormir. El hotel del pueblo aún no está construido, si no podrían irse allí a dormir, pero seguro que nos apañamos. Somos familia, ¿no?

Los ojos de los dos adultos parecían echar chispas mientras Maggie, entraba al interior de la casa, con la cabeza bien alta. La habían tomado por una sirvienta. «No llevaba sus mejores galas, por supuesto, pero ¿dónde se creían que estaban? Eso no era la ciudad», se justificó.

No había hablado con Connor al respecto de su padre y su… ¿esposa? y no sabía cómo debía reaccionar ante ellos. Por lo poco que le había contado, suponía que era un hombre de fuerte carácter, pero no esperaba sentir tanta animadversión hacia él.

Connor había sido demasiado comedido al hablar de él, o quizá ella estaba exagerando en sus reacciones. Decidió no pensar en ello. Lo único que le importaba eran las niñas y la necesidad de encontrar un colchón donde acomodar a la pareja recién llegada.



Connor cabalgaba hacia su casa, preocupado. Gideon había ido a avisarle al aserradero de que había llevado a su padre a su casa, con una mujer joven y dos pequeñas. Lo había dejado todo por ir a recibirlas. Por lo menos, se había molestado en contratar a una niñera para acompañarlas durante el viaje. Eso era algo que no había esperado. Quizá después de perder a su hija, y a él un tiempo antes, su actitud arrogante e intransigente había cambiado.

Confiaba en que hubiera sido amable o, por lo menos, correcto con Maggie. De lo que no dudaba era de que habría mirado todo con su habitual aire de superioridad. Acostumbrado a su jaula de oro, la humildad, incluso la austeridad con la que vivían, le habría llamado la atención.

No vivía en un barracón como tantos de los trabajadores del aserradero. Había utilizado parte de su dinero en comprarse una casa propia. Era sencilla, no necesitaba más y jamás se había planteado construir una familia. Era algo a lo que nunca le había dado importancia. Pero la vida podía cambiar de la noche a la mañana.

Todo parecía extrañamente silencioso. Bajó del caballo y lo amarró a un árbol. No quería entretenerse en llevarlo al establo. Dio dos pasos en dirección a la casa cuando una maraña de volantes en color burdeos corrió hacia él y se arrojó a sus brazos para estamparle un sonoro beso en los labios.

—Connor, cómo te he echado de menos.

Maggie contempló la escena desde el porche, boquiabierta. ¿Qué había sido eso? La rabia le recorrió el cuerpo en un abrir y cerrar de ojos, haciéndola pestañear incrédula e indignada a partes iguales. No era la esposa de su padre. Era la novia de Connor.

Connor, sorprendido, sujetó a la mujer con firmeza por las muñecas para apartarla de él.

—Michelle, ¿qué haces aquí? —preguntó ceñudo.

Ella se soltó sin mucho esfuerzo y volvió a abrazarle y apretarse contra su pecho como si la vida le fuera en ello.

—Te he echado de menos. Tu padre me dijo que venía a buscarte y me ofrecí para acompañarle y convencerte de que vuelvas. Puedo olvidar que rompieras nuestro noviazgo. Equivocarse es humano, pero ¿qué haces aquí? Este lugar es horrible.

—Este lugar es mi casa y no me voy a ir a ningún sitio —le respondió deshaciéndose de su abrazo mientras miraba a su padre que se había colocado junto a Maggie, manteniendo una considerable distancia. No podía identificar lo que reflejaba su mirada.

—¿Para qué has venido? —le preguntó directo.

Su actitud altiva y su mirada cargada de desprecio le indicaba que no había cambiado en absoluto.

—¿Un padre no puede ver a su hijo?

—Ya me estás viendo. Te envié una carta. Podía haber ido yo a por las niñas. Era mi intención.

—Realmente hubiera sido lo mejor. Así me podría haber evitado el viaje y ver las condiciones infrahumanas en las que estás viviendo. No parece que seas mi hijo. Te has olvidado demasiado pronto de las comodidades con las que cuentas en casa.

—O quizá no les doy la misma importancia que tú y no me afectan tanto. Aquí estoy bien.

Reparó en Maggie. Su rostro mostraba cierta confusión, pero se mantenía silenciosa y con el ceño fruncido.

—Veo que habéis conocido a Maggie.

Sus miradas se cruzaron hablándose sin necesidad de palabras. Connor transmitía intensidad y firmeza. Maggie, perplejidad y cierta desconfianza. Si esa mujer tan bonita era la novia de Connor y había recorrido un viaje tan largo para recuperarlo, ¿en qué lugar quedaba ella?

—Esta mujer harapienta dice que es tu esposa —le susurró Michelle, angustiada, sin separarse de él.

—Lo es —les dijo con orgullo buscando la mirada de Maggie.

No se conocían mucho, pero cada día que pasaba estaba más convencido de que no podía haber encontrado una mujer más adecuada para criar a sus sobrinas. Era hacendosa, no le daba problemas y cada día le parecía más bonita.

Michelle ahogó un sollozo, llamando la atención sobre ella.

—¿Cómo pudiste? Estábamos comprometidos.

Connor puso los brazos en jarras, ligeramente fastidiado.

—Rompimos el compromiso antes de que yo me fuera. Tú misma me lo has recordado hace un momento.

—No creí que lo dijeras en serio. Te he estado esperando todo este tiempo.

—¿No tener noticias mías no te confirmó mi falta de interés?

—Connor, no te eduqué para que menospreciaras así a una dama —le amonestó su padre caminando amenazador hacia él.

—No era mi intención, pero no quiero pensar cómo has tratado tú a Maggie en el poco rato que llevas aquí.

Maggie levantó la barbilla, altiva. Por lo menos, Connor parecía darle el lugar que se merecía como su esposa.

—Esta mujer no es una dama —le espetó deteniéndose a escasos centímetros de él.

Connor le mantuvo la mirada desafiante.

—Estás hablando de mi esposa. Si le faltas el respeto una sola vez yo mismo te subiré a un carro y te enviaré de vuelta a casa —le enfrentó sin amedrentarse.

No iba a consentir que llegara a su casa e impusiera sus normas. Esas que le habían hecho huir de su lado y que habían llevado a Belinda a la muerte, aunque fuera de manera indirecta.

—Bueno, bueno, no es necesario ponerse así —se rindió Randall Latimer, visiblemente molesto, dando un paso atrás—. Por su aspecto la confundí con una sirvienta.

—Padre…

—Mírala y mira a Michelle. Mi confusión era lógica.

Maggie se sonrojó y frunció el ceño, indignada, antes de darse media vuelta y entrar en la casa danto un portazo. No tenía por qué aguantar esa falta de respeto, aunque ese hombre fuera el padre de su esposo.

—¿Por qué habéis venido?

—Lo sabes perfectamente. A traerte a las niñas.

—Hubiera ido yo.

—Con lo lentas que van las comunicaciones podía pasar casi un mes.

—¿Por qué la has traído? —señaló a Michelle con un leve gesto de cabeza.

—Que estuvieras casado era una de las condiciones para quedarte con la custodia de las niñas.

—Te avisé por carta de que lo había hecho.

—No me llegó ninguna carta… y si lo hizo no lo recuerdo. Quería asegurarme de ello y Michelle se ofreció a acompañarme por si ya te habías arrepentido de la estupidez de largarte de casa.

—No suelo arrepentirme de lo que hago.

—Te casaste con una desconocida sin apellido.

—No recuerdo que mi esposa tuviera que cumplir esos requisitos para poder quedarme con las niñas.

Randall le miró agresivo.

—No importa. También quería ver la razón por la que dejaste todo y te escondiste en esta… mediocridad de vida.

—Con mirarte al espejo te hubieras evitado el viaje y mi vida no es mediocre. Mi vida es lo que yo quiero que sea.

—Te recuerdo que yo te di todo.

—Y de todo hui. No voy a obligarte a que permanezcas aquí, ni te echaré de casa, pero si te quedas, espero que te comportes educadamente con mi esposa y las niñas.

—Me quedaré solo unos días. El viaje ha sido largo —aceptó resignándose con gran esfuerzo—. Michelle también necesitará descansar.

—Como quieras.

—¿Me harás dormir en el suelo como si fuera un vulgar perro?

Connor lo miró extrañado. No había pensado en que no habría camas suficientes para todos. Miró a Michelle. Tampoco habría cama para ella.

—La casa no es muy grande, pero nos apañaremos.

Michelle se acercó a él, llorosa.

—Menos mal que estás aquí. Esa mujer dijo que dormiríamos en el suelo. Dejó ahí nuestro equipaje —señaló dos baúles de viaje junto a uno de los arbustos—. ¡Ay, Connor! Cómo siento que tengas que pasar por esto.

Connor se encogió de hombros. No iba a negar que al principio le había costado acostumbrarse al polvo, a las incomodidades y al trabajo físico y duro, pero se sentía vivo cada amanecer, y libre y agradecido cada vez que se metía en la cama.

—Este lugar no tiene nada que ver con la ciudad, Michelle. No espero que te acostumbres siquiera…

—¡Me dijo que me bañara en el río! —exclamó alarmada.

Connor apretó los labios. Lo cierto era que no podía ofrecerle más comodidades. Ni a ella ni a su esposa. Quizá debía empezar a pensar en alguien más que en sí mismo. No había encargado ni las mecedoras para el porche.

—Compraré una bañera, pero no sé cuánto tiempo tardarán en traerla. El río es lo único que puedo ofrecerte.

La expresión de Michelle fue tan desoladora que le hizo sentirse culpable.

—¿Por dónde se va? Puede ocurrirme cualquier cosa… —murmuró ahogando un femenino suspiro.

—Déjame que lleve dentro el equipaje y te acompañaré.

Michelle lo abrazó aliviada, casi sollozando.

—Gracias… He pasado tanto miedo en el viaje… Creí que nos asaltaría cualquier salvaje… Se escuchan tantas cosas…

—¿Habéis tenido algún problema? —preguntó mirando a su padre mientras abrazaba distraído a la joven.

—No. Solo estamos cansados.

—Sed bienvenidos. Voy a llevar dentro las maletas —le explicó a Michelle para deshacerse de sus brazos.

Connor encontró a Maggie con las niñas cambiando las sábanas del que había sido su dormitorio desde que había llegado. Las tres lo miraron conforme entró por la puerta. Las dos pequeñas con cierta incertidumbre. Maggie, con los ojos brillantes por la rabia contenida.

—¿Ofreciste a mi padre y a Michelle dormir en el suelo?

—Sí.

—¿Cómo se te ocurrió?

Maggie parpadeó incrédula. Quizá no había sido lo más correcto, pero por ella, y sintiendo el desprecio con el que la habían tratado, los hubiera dejado durmiendo en la calle. O, bueno, quizá no tanto, pero por eso les había ofrecido el suelo.

—¿Me das otra opción? No tenemos más dormitorios.

—Michelle puede dormir en nuestra cama. Mi padre en la habitación de las niñas. Nosotros dormiremos en los colchones en el suelo del salón.

Maggie apretó los labios con rabia. Serían ellos los que durmieran como los perros. Connor se rebajaría para dar la razón a su padre de que estaban malviviendo, cuando realmente no era cierto. La vida allí era diferente a la de la ciudad. No peor. Quizá no mejor. Solo distinta. Ambos lo sabían.

—¿Cómo has dicho? Me ha parecido entender que ibas a dormir en el suelo para que tu padre y tu ex prometida durmieran cómodamente en una cama. ¿Es así? Con ello me condenas a mí a lo mismo. Lo sabes, ¿verdad?

Connor le mantuvo la mirada, serio. No tenía ningún interés en discutir con Maggie cuando ni siquiera sabía cómo reaccionar ante las pequeñas que lo miraban con sus grandes ojos oscuros.

—Solo serán unos días. Se irán enseguida.

Maggie levantó la barbilla, altiva. No estaba de acuerdo, pero supuso que no sería una buena anfitriona si no les cediera la cama. Se irían en unos días y ambos podrían continuar con la vida familiar que estaban a punto de comenzar. Asintió con la cabeza.

—Está bien. Pediré unos colchones a Caroline Rucker.

Connor la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué a ella?

—¿Por qué no? —le preguntó con fingida inocencia.

—Esa mujer es capaz de todo.

—Por eso —razonó—. Si no los tiene, los conseguirá.

A Connor no le quedó más remedio que asentir. Cualquier acuerdo le parecía bien con tal de no discutir con ella. Bastante presión había sentido al ver a su padre.

Dio un paso hacia las niñas, que lo miraban con el temor reflejado en sus bonitos ojos. Eran tan pequeñas. Mirar a la mayor era como ver a su hermana a su misma edad. Sintió la punzada de culpabilidad que le ahogaba el pecho, y apenas le dejaba respirar. Un nudo atenazó su garganta. Se dejó caer de rodillas ante ellas.

—Lo siento —les susurró humilde, sintiendo cómo el dolor le rasgaba el alma, impidiéndole, casi, hablar—. Siento no haber estado junto a vosotras y vuestra madre en todo este tiempo. Siento lo que le ocurrió. Siento… Si hubiera estado cerca…

Maggie lo miró con los ojos cubiertos de lágrimas. El dolor que Connor sentía era más que palpable. Las niñas se dieron las manos, buscándose la una a la otra, tristes, preocupadas y temblorosas.

Maggie dio un paso hacia él, que parecía haberse quedado sin palabras, incluso sin voz.

—Ya les he dicho que este va a ser su nuevo hogar y que no deben de preocuparse por nada.

Connor asintió agradeciendo las palabras, mientras mantenía la mirada a las niñas.

—Maggie y yo os cuidaremos.

Maggie sintió cómo su corazón se caldeaba. La firmeza y confianza en esas sencillas palabras le llegó a lo más profundo de su ser.

Connor abrió los brazos para acoger a las pequeñas, vulnerable, dándoles tiempo a que fueran ellas las que dieran el paso hacia él. Las niñas la miraron a ella antes de buscar el cobijo que su desconocido tío les ofrecía.

—Mamá siempre nos decía que, si a ella le pasaba algo, tú nos cuidarías —susurró la mayor antes de dar un paso hacia él.

Inesperadas lágrimas ardieron entre las pestañas de Connor. Abrazó a las pequeñas con fuerza. Su hermana había confiado en él, pese a que él la había condenado a una vida de angustia y penuria.

La había traicionado y abandonado al irse de la ciudad. Si se hubiera quedado, quizá las cosas hubieran sido muy diferentes.

De poco servía arrepentirse. Trataría de enmendar lo sucedido con esas pequeñas a las que jamás les faltaría nada, se prometió.

—Os voy a colgar un columpio…

—Nos lo ha dicho Maggie —le interrumpió la pequeña mientras su tío aflojaba el abrazo para mirarlas.

—Tú eres Constance —le sonrió rozándole levemente la nariz con el dedo.

—No, yo soy Conny, como tú.

Connor la miró con las emociones atascadas en la garganta.

—Me dijo que así sabría que estarías siempre conmigo.

—Pero no lo estuve —susurró arrepentido.

—Pero ahora lo estás —le respondió la mayor con los ojos brillantes.

—Tú eres Rose. Eran las flores favoritas de tu madre.

La niña asintió orgullosa.

—Plantaremos rosas alrededor de la casa, para que vuestra madre esté siempre con nosotros.

Las pequeñas sonrieron emocionadas. Maggie se limpió una lágrima que resbaló fugaz por su mejilla, mientras carraspeaba disimuladamente para suavizar su voz.

—Creo que iré a buscar esos colchones.

Connor asintió levantándose.

—¿Te llevas la carreta?

—Claro —le respondió decidida—. Pero no pienso traer una bañera. He mandado a esa novia tuya a bañarse al río. Seguro que si traigo una bañera me pide que le frote la espalda… o te lo pide a ti.

Connor la miró con los ojos entrecerrados. ¿A qué venía ese tono irónico? Si no fuera porque sabía que no podía ser cierto, pensaría que estaba celosa. No podía hacer nada con respecto a Michelle. Él tampoco había previsto su visita.

—Bien… ¿Vamos a montar ese columpio?

Las niñas asintieron y le siguieron sonrientes, confiadas, tomándole, de la mano.



Después de una cena que resultó tan tensa como esperaba, Connor salió al porche. Maggie no se había quejado, pero la expresión enfadada de su rostro había resultado demasiado visible como para ignorarla. No entendía sus motivos, pero le daba la impresión de que si se los preguntaba los enumeraría en voz demasiado alta, y no necesitaba más emociones por ese día.

Por lo menos, Michelle había estado distrayéndolos, recordando los momentos que habían pasado juntos y las cenas que solían compartir en la ciudad. Apenas pensaba en esos viejos tiempos. No los echaba en falta. Bajó las escaleras y se alejó unos pasos. La noche estaba cayendo y una ligera brisa había empezado a soplar.

Desde que había llegado allí se dedicaba a trabajar de sol a sol en el aserradero y ayudaba en lo que podía a los hermanos Lewis. Cada vez había más demanda y, por lo tanto, necesidad de sacar el trabajo adelante. Le gustaba el trabajo físico y el aire libre. Sería incapaz de volver a la ciudad y Michelle, con sus recuerdos, lo había corroborado.

Se sentía satisfecho. Llevaba la vida que quería, aunque comenzaría a ser diferente con la llegada de las niñas. Maggie estaba resultando una buena compañera, alegre y trabajadora. Sonrió al imaginar a Michelle en ese entorno. No aguantaría mucho más allí.

Escuchó abrirse la puerta de la casa a su espalda y antes de girarse supo quién era.

—Connor, creo que deberíamos hablar.

Ahogando un suspiro, se giró para mantener la mirada a su padre.

—¿De qué? Creo que lo tenemos todo dicho.

Randall bajó las escaleras para acercarse hasta donde estaba.

—Las oficinas dan mucho trabajo. Deberías venir. Son tuyas.

—No. Son tuyas y yo, creo recordar que, era uno de tus títeres.

—No digas tonterías. Trabajabas para mí, como todos los demás. ¿Cambiaría las cosas si te prometiera que trabajarías a mi lado?

Connor le mantuvo la mirada con desconfianza. Su pelo se había cubierto de canas. Podía ver en su reflejo cómo sería él a su edad. El brillo de la ambición y la codicia seguía intacto en sus ojos. No iba a ceder. Lo conocía lo suficiente como para saber que le estaba mintiendo.

No dudaba de que lo quisiera mantener a su lado, pero sabía que tendría que acatar sus normas y sus condiciones y no estaba dispuesto a seguir bajo su yugo. No le importaba la empresa, ni su dinero. Él no tenía precio.

—No. Aquí estoy bien.

—¿Entre polvo y serrín? Mira cómo vives.

Abrió los brazos señalando alrededor con desprecio.

—Como me gusta.

—Esas niñas necesitarán ir a la escuela.

—Tenemos una maestra.

—No tienen ninguna comodidad.

—Se acostumbrarán.

—Pero no es necesario que se acostumbren. Piensa en lo mejor para tus sobrinas. Es lo que hubiera querido tu hermana —insistió—. Con Michelle, en la ciudad, podrás igualmente formar una familia.

—Estoy casado con Maggie y será una buena madre para las niñas. Acaban de conocerse y no se han separado ni un momento. Eso indica algo.

—¿Qué quieres? ¿Traerte a esa mujer a la ciudad? Dudo que se adapte, pero si ese es el precio, tráetela.

—No vamos a ir a ningún sitio.

Dudaba de que Maggie tuviera precio. No sabía si se adaptaría a la ciudad. Había llegado de una de ellas, pero la libertad con la que contaban allí era demasiado gratificante, pese a que tuvieran que trabajar duro.

—¿Por qué eres tan testarudo?

—Tuve buen maestro.

Los dos hombres se miraron intransigentes. Randall resopló antes de desviar la mirada.

—¿Qué le ocurrió a Belinda?

Randall lo miró con el ceño fruncido.

—¿A qué viene eso?

—No me lo dijiste. Era joven como para morir por causas naturales. ¿Qué la mató? ¿La tristeza?

—No digas tonterías. Cayó por las escaleras. Los doctores dijeron que se partió el cuello.

Connor apretó los labios.

—¿Y su esposo? ¿Por qué no se quedó con las niñas? Eran sus hijas. Podía haberse casado de nuevo.

—No lo sé. Vino y me las dejó en la puerta. No le pregunté.

—Sigues llevando negocios con él.

—Sí, claro. Los negocios son los negocios.

Connor asintió, manteniéndole la mirada. Su padre era lo que siempre había sido: un hombre de negocios, frío y calculador.

—¿Cuándo te irás? Todo el tiempo que estés aquí es perdido.

—En unos días. Quizá encuentre la manera de convencerte.

—Lo dudo.

La tensión entre ambos podía sentirse en el aire. La dureza reflejada en sus miradas también. Tras un breve silencio, Randall volvió al interior de la casa. Connor tomó aire profundamente antes de soltarlo. Estaba seguro de que su padre trataría de convencerlo para que volviera con él mientras estuvieran allí. No le serviría de nada. Miró hacia el columpio. Las niñas crecerían lejos del ambiente que había condenado a su madre a una vida de sumisión y tristeza. Se arrepentía tanto.

Escuchó la puerta de la casa abrirse a su espalda. ¿Otra vez? ¿Qué querría? ¿No se había mostrado lo suficientemente seguro de sus palabras? Se giró para enfrentar nuevamente a su padre con los brazos en jarras.

No era quien pensaba. Michelle se dirigía a él con expresión llorosa. ¿Se habían puesto de acuerdo su padre y ella para tratar de convencerlo?

—Connor, esa mujer que tienes es una salvaje. Quería que fregara los platos. ¡Yo!

Connor apretó los labios. Lo que menos le apetecía en ese momento era ocuparse de algo tan absurdo. ¿Qué le pasaba a Maggie? ¿Por qué se enfrentaba continuamente con Michelle? Solo debía aguantar unos días, hasta que se marcharan. Tendría que mostrarse paciente y colaborativa.

—Bueno, tú también has comido, ¿no? —trató de justificar a su esposa.

—¿Cómo puedes decir eso? Soy una invitada.

Connor cerró la boca para evitar contestar lo que pensaba. No la habían invitado. Realmente, ni a su padre, pero entendía que se sintiera ofendida por la osadía de Maggie. Hablaría con ella para evitar tener que mediar entre ambas.

—Las noches refrescan, Michelle. Deberías entrar dentro y acostarte. Aquí nos despertamos cuando sale el sol.

—¿Qué me quieres decir? ¿Qué tu esposa es capaz de sacarme de la cama de madrugada? ¿Para qué? ¿Para ordeñar esa vaca que tenéis?

—Querrás desayunar, ¿no?

La expresión escandalizada de Michelle le hizo sonreír.

—Hablaré con Maggie, no te preocupes.

Michelle se arrojó a sus brazos.

—Oh, Connor, ¿cómo puedes vivir aquí? ¿Quién cuida de ti? Estás solo…

Connor no tuvo más remedio que abrazarla y calmar esos inesperados sollozos.

—Michelle, aquí estoy bien y no voy a volver a la ciudad.

—¿Cómo puedes decir eso? Allí tienes a tu familia, me tienes a mí, vuestras empresas… Podemos ser felices.

—Aquí soy feliz, Michelle. No quiero ni necesito nada más.

Se mantuvieron la mirada por unos instantes. Connor la sintió estremecerse entre sus brazos. Estaba más bonita de lo que recordaba. La había besado infinidad de veces, pero las cosas habían cambiado. No la quería en su vida. No encajaba en ella. Maggie, sí.

Miró hacia la casa. Notó un movimiento agitado en una de las ventanas. Volvió a mirar a Michelle, entre sus brazos. Quizá no era apropiado tenerla tan cerca. La hizo a un lado.

—Será mejor que volvamos dentro. Además, estarás cansada del viaje y del día de hoy.

Michelle ahogó un suspiro mientras hacía un pequeño mohín con los labios. Se apoyó en su brazo para caminar hacia la casa con paso lento. Connor le abrió la puerta y la invitó a pasar por delante. Maggie había improvisado sobre el suelo, los colchones sobre los que dormirían.

Maggie se obligó a no mirarlos. Sus ojos relampagueaban. Mostraba el ceño fruncido y con gesto airado estiraba las sábanas mientras las niñas parloteaban entre ellas.

Tras un ligero murmullo a modo de despedida para Connor, Michelle se retiró dejándoles a solas.

—Esperaré a que te duermas para meterme en la cama —le comentó Connor a Maggie, volviendo a salir por la puerta para proporcionarle cierta intimidad.

Maggie apretó los labios con fuerza, obligándose a no decir lo que pensaba. Las niñas estaban a su lado y podían escucharla. No sería buen ejemplo para ellas, razonó, pero en cuanto pudiera hablar con Connor… iba a decirle unas cuantas cosas con las que no estaba de acuerdo.



Maggie no dejaba de dar vueltas en la improvisada cama, sin conseguir encontrar una postura cómoda. Suponía que cualquiera le habría servido si no hubiera estado tan enfadada. Sabía que eran sus propios pensamientos y la rabia que bullía en su interior la que no le dejaba dormir.

¿Cómo podía Connor tener tan poca vergüenza? Se habían casado para cuidar a las niñas, se recordó, pero, aunque no lo

habían hablado, esperaba un mínimo de respeto. ¿Se había besado con Michelle? Las escenas de su reencuentro se repetían una y otra vez en su mente y volver a verla esa noche entre sus brazos le asfixiaba el corazón.

Tenía que hablar con él y dejar las cosas claras. Podían no haberse casado por amor, pero tenían un futuro juntos que ambos habían pactado de mutuo acuerdo. No habían hablado de posibles romances con otras personas. No se le habría ocurrido jamás. Su madre le había alertado sobre la posibilidad de que fuera a la cantina o al *Saloon*, pero una cosa era relacionarse con el alcohol, con lo que tampoco estaba de acuerdo, pero consideraba que podía soportarlo, y otra, muy diferente, era flirtear con una desconoc…

«No era una desconocida», se reprendió. Había sido su prometida, como ella había repetido innumerables veces durante la cena. Volvió a darse la vuelta. Parpadeó al ver a las niñas en el colchón al lado suyo. Las pequeñas dormían tranquilas y confiadas. Ellas habían sido el único motivo por el que Connor le había pedido matrimonio. Creía que iban a formar una familia típica, normal… ¿Se estaría engañando?

Cuando se ofreció a que durmieran en habitaciones separadas hasta que ella se acostumbrara a él y las niñas llegaran le había parecido hasta caballeroso por su parte. Ahora dudaba. ¿Y si no le gustaba como esposa? No era tan guapa como Michelle, pero tampoco era fea. Y sus modales eran correctos…Y era trabajadora, fuerte, valiente… Podía ser una buena esposa, pero ¿le daría tiempo a demostrárselo? ¿Y si él, finalmente, volvía con Michelle y su padre a la ciudad? Ella se quedaría allí, sola, repudiada… Ahogó un gemido. Connor no parecía capaz de… ¿O sí?

Cuando Connor regresó oliendo ligeramente a alcohol, sin apenas hacer ruido, se metió en la cama. El calor que desprendía el cuerpo de Maggie lo invitó a que se acercara a ella. Estaba de espaldas. Se había prometido darle tiempo a que se acostumbrara a la vida de casada y a él como hombre, pero esa intimidad, en ese momento, le estaba haciendo difícil mantener las distancias.

Quizá el alcohol tuviera algo que ver. No había bebido tanto como para que se le nublara la razón, se dijo, pero había necesitado visitar

el *Saloon* y tomar algunos tragos para digerir lo que estaba ocurriendo en su vida. No iba a volver a la ciudad. Lo tenía claro, pero soportar a su padre sin entrar en ninguna de sus provocaciones no iba a ser fácil.

Sintió que su cuerpo se relajaba en el improvisado colchón. Buscó una postura cómoda, mirando hacia su esposa. Se conformaría con pasarle un brazo sobre los hombros. Quizá la atrajera un poco más hacia él… Sí. Maggie encajó a la perfección entre sus brazos, pegada a su cuerpo. Connor hundió la nariz en su cuello. Olía a lavanda, su piel era suave…

—¿Qué te crees que estás haciendo? —siseó Maggie, sorprendida y con las mejillas ruborizadas por todo lo que estaba sintiendo.

Se giró hacia él antes de fruncir ligeramente la nariz al percibir su aliento. Apenas entraba la luz de la luna por las ventanas.

—¿De dónde vienes?

—¿Cómo?

Maggie resopló molesta. No le tenía por qué pedir explicaciones. No tenía por qué molestarle. ¿O sí? Era su esposa, aunque solo lo fuera por ocuparse de las pequeñas. Le debía un respeto.

—Apestas a alcohol, besas a otra mujer estando yo bajo tu techo y ahora vienes buscando mi cuerpo. Connor Latimer, jamás hubiera pensado esto de ti.

Connor parpadeó sorprendido. Nunca había visto a Maggie enfadada y era lo que menos se esperaba en ese momento. Le miraba con los ojos encendidos.

—¿Qué te ocurre? —se incorporó molesto—. Apenas he bebido, no he besado a nadie y … eres mi esposa… No pensaba hacerte nada… Solo te abrazaba.

Maggie frunció el ceño.

—¡Shhhh! Baja la voz. Las niñas están dormidas. Te he visto con tu prometida antes de que te largaras al pueblo a beber. La estabas abrazando después de pasarse toda la cena hablando de vuestro compromiso y las cenas que habíais compartido, vuestros paseos…

Connor resopló dejándose caer sobre la cama. ¿Una escena de celos? No estaba preparado para eso.

Maggie se revolvió a su lado buscando distanciarse inútilmente en el pequeño colchón.

—Michelle se irá con mi padre. Serán solo unos días.

—¿Cuántos? Me parece humillante que estés besándote con ella estando yo presente. Cuando me pediste matrimonio no pensé que…

—No la he besado en ningún momento.

—¿Te recuerdo que estaba presente cuando has venido y se ha echado en tus brazos?

—La he apartado. Ella no sabía que estaba casado.

—¿Y hace un momento? Ha vuelto a abrazarte. Lo he visto a través de la ventana.

—No ha pasad… ¿Estás celosa? —la miró extrañado.

—No, claro que no —mintió ruborizada, dándole la espalda—. Pero creo que merezco un poco de respeto. Soy tu esposa, aunque no lo parezca.

Connor contuvo la respiración. ¿A qué se refería?

—Eh… pensé darte tiempo para que… No sé… te acostumbraras a la idea…

Volvió a abrazarla por la espalda. Maggie se removió, sin ningún movimiento brusco, ni una negativa tajante. Connor sonrió ligeramente. ¿Ya se había acostumbrado a él o a su nueva condición de esposa? Había supuesto que, con el tiempo o cuando llegaran las pequeñas, compartirían la cama. Ya habían llegado, ya estaban compartiendo la cama y no parecía que rechazara su contacto.

Maggie sentía su cuerpo arder, pero no de la rabia que parecía haberse evaporado ante sus escuetas explicaciones. Era sentirlo a su espalda, era su brazo sobre ella, era su aliento en su nuca. Pero no iba a ceder. No, aunque su respiración se entrecortara. No, aunque su corazón pareciera saltar de alegría. No, aunque todo su ser estuviera temblando. No, hasta que estuviera segura de que él no se iría con la perfecta Michelle y el resto de su familia y la dejara allí, sola.

—Mañana hay que madrugar —susurró Maggie justificando su rendición.

—Bien —aceptó Connor quedándose quieto con una media sonrisa victoriosa dibujada en su cara.

Era cierto que había pedido matrimonio a la primera mujer medianamente bonita con la que se había cruzado esa mañana en la calle. Quizá otra le hubiera servido para los mismos fines. Pero esos pocos días que había convivido con ella, le habían bastado para comprobar que era hacendosa, trabajadora y amable. Si, además, su cuerpo reaccionaba ante ella como lo estaba haciendo, no podía pedir más. Satisfecho, se durmió sin retirar el brazo con el que la envolvía.



A la mañana siguiente, Connor salió a trabajar en cuanto amaneció. Maggie aprovechó para ordeñar la vaca y preparar unas galletas de avena para el desayuno. Apenas habían cruzado unas palabras porque el resto de los habitantes de la casa aún seguían dormidos. Sin embargo, sus miradas compartidas se habían alargado un poco más de lo normal y las comisuras de sus labios parecían querer curvarse en sonrisas sin explicación. Fueron momentos más relajados de lo que hubieran esperado y parecía que más cordiales que cuando habían estado a solas. Probablemente, ya se hubieran acostumbrado a estar juntos.

Cuando Maggie regresó con la leche fresca, las niñas se desperezaban en la que había sido su cama.

—¿Has ordeñado la vaca? —preguntó Rose, dirigiéndose descalza hacia ella.

—Claro. Aquí, si quieres leche, tienes que traerla tú.

—¿Podremos acompañarte mañana?

—Por supuesto —le sonrió Maggie.

—¿Es fácil ordeñar una vaca? —insistió Rose.

—Sí —sonrió—. Aunque yo empecé hace poco a ordeñar. Antes vivía en una ciudad.

—Como nosotras.

—Exacto.

—¿Tu tío también vivía aquí? —le preguntó Conny sentándose en una de las sillas de la cocina.

—No. Mi madre se casó con un hombre que vivía aquí y mi hermana y yo la acompañamos.

—¿Tienes una hermana? —preguntó Conny sorprendida—. ¡Como yo!

—Sí, y ayuda al médico del pueblo. Luego podemos ir a verla. Seguro que está deseando conoceros —les sonrió agradecida por la facilidad que le estaban dando para llevarse bien con ellas.

Podían haber sido niñas malhumoradas, caprichosas o exigentes como le daba la impresión de que había sido Michelle. Apretó los labios al pensar que no tardaría en verla aparecer por la cocina. Tenía que haber dejado que fuera ella quien ordeñara la vaca, pensó con malicia.

Cuando terminó de preparar la comida para bajar al pueblo sin prisa, Michelle apareció por la cocina con la nariz fruncida.

—¿A qué huele?

Maggie la miró con las cejas levantadas. Era escucharla y que todo su cuerpo se encrespara. Apretó los labios, molesta. ¿Había dormido sentada? Tenía su cabello perfectamente arreglado y su vestido era de un color demasiado claro como para mantenerse limpio en ese entorno. Se daría cuenta ella sola en el primer roce con cualquier apero de la granja, incluso de la carreta.

—No sé, quizá la comida que he dejado preparada. Nos vamos a Henleytown.

—¿Y nos va a dejar aquí solos?

—No veo por qué no. Son adultos. No tiene por qué pasarles nada.

—Somos invitados. Debería…

—¿Invitados? No recuerdo que Connor…

Maggie reparó en que las niñas las estaban mirando atentas, con sus ojitos tristes, y contuvo las ganas de seguir hablando.

—Bien —carraspeó—. Si se da prisa puede acompañarnos. Tome unas galletas de avena.

Le acercó el plato con las galletas recién hechas y un vaso de leche.

Michelle asintió cogiendo una de las galletas y llevándosela a la boca. Una mueca cargada de desagrado y repulsión se dibujó en su rostro.

—Pero ¿qué…? ¿No ha echado mantequilla? —farfulló haciendo un visible esfuerzo por digerirla.

—No —respondió Maggie, ignorándola—. Tenía que batirla y no me ha dado tiempo. Están buenas y no hace falta más.

—Eso es discutible. Se pueden comer, pero podrían estar mucho mejor.

Maggie la miró con los ojos ardiendo.

—Me parece perfecto que se ofrezca a hacerlas mañana. ¿A que sí, niñas? Mañana el desayuno lo preparará Michelle. Somos muy afortunadas.

—¿También ordeñará la vaca? —preguntó Conny con los ojos abiertos como platos.

—¡No! —exclamó Michelle con una mueca.

—¡Claro! —exclamó a la vez Maggie.

Las dos mujeres se mantuvieron la mirada, airadas.

—Será mejor que me ponga el sombrero si vamos a bajar al pueblo —respondió Michelle, altiva, tragando el último trozo de la galleta.

Maggie, victoriosa, salió de la casa seguida por las niñas. Las ayudó a subir a la parte trasera antes de girarse hacia la puerta por donde salía Michelle acompañada de Randall, que también parecía dispuesto a viajar con ellas.

—¿Quién va a llevarnos? —preguntó Michelle mirando a su alrededor—. ¿No hay ningún empleado?

—No, claro que no. Yo conduciré la carreta a no ser que también se ofrezca a hacerlo.

Michelle la miró con los ojos entrecerrados.

—No, gracias. Seguro que lo hace muy bien.

—No me quedó más remedio que aprender.

Se mantuvieron la mirada, intransigentes, por unos momentos, hasta que Randall llegó hasta la carreta, rompiendo la tensión que parecía poder cortarse en el aire. Ignorando a Maggie, ayudó a Michelle a subir y juntos se sentaron en el pescante.

Maggie, ahogando una mueca, subió sola y se sentó a su lado sujetando las riendas con fuerza. Puso rumbo a Henleytown deseando que la mañana terminara rápido y el día de su marcha estuviera un poco más cerca.

El camino fue tenso y en silencio. Ninguno tenía la más mínima intención de hablar. Cuando llegaron, Maggie detuvo la carreta frente a la consulta del doctor. Bajó con agilidad y se dirigió a la parte trasera para ayudar a las pequeñas a bajar. Randall ayudó a Michelle, que miraba a su alrededor con cierta inseguridad.

—En dos horas regresaremos a casa —les avisó Maggie intentando disimular su enojo, sin conseguirlo.

Randall la miró orgulloso, con los ojos ardiendo de rabia.

—Encontraremos la manera de volver si no nos espera.

—Perfecto —le respondió altiva antes de darles la espalda.

Maggie entró en la consulta del doctor con las niñas de la mano. Todo olía a desinfectante y estaba inmaculado. Joanna estaba colocando unos pequeños frascos de cristal en un estante. Sonrió al verlas, aunque su mirada se oscureció al notar la crispación que irradiaba su hermana.

—¿Qué ocurre?

—Estas son Rose y Conny —le presentó con una fingida sonrisa —. Y si te asomas a la ventana verás al estirado Randall Latimer y a la perfecta Michelle Loquesea, la antigua prometida de Connor. Niñas, esta es mi hermana, Joanna.

Joanna parpadeó asombrada, dirigiéndose a la ventana con curiosidad, mientras sonreía a las pequeñas con cariño.

—¡Qué bonitas sois! —las alabó amable, antes de volver a mirar a su hermana—. Creí que Connor iba a ir a por las niñas.

—Yo también, pero no le dio tiempo. Las niñas se presentaron aquí, acompañadas.

Joanna miró con disimulo tras la tupida cortina del consultorio.

—Es guapa.

Maggie fue hacia ella para observarla desde allí. Randall la había dejado sola y parecía totalmente fuera de lugar.

—Guapa, educada y se arroja en los brazos de Connor en cuanto tiene oportunidad.

Joanna miró boquiabierta a su hermana.

—No.

—Sí.

—Y tú, ¿qué haces?

—Contenerme las ganas de tirarle del pelo y de recordarle que Connor es mi esposo.

—¿Y Connor qué hace?

—Decirme que soy una exagerada.

—Quizá lo eres.

—¿La has visto?

Joanna volvió a mirar por la ventana, para ver a la joven, que no se había movido de donde estaba.

—¿Dices que estaban prometidos?

—¿Y eso qué importa?

—Quizá a ella le cueste olvidarlo.

—Ese es su problema.

—Y el tuyo.

—No, ¿por qué?

—Tú misma has dicho que se arroja a sus brazos en cuanto puede.

—¿Y qué?

—Connor es un hombre… esa mujer es muy bonita.

—¿Qué quieres decirme? ¿Que Connor puede caer en la tentación o que yo soy fea?

—¡Maggie! Tú no eres fea, pero… no sé si es esta tierra, pero nos vuelve más duras. Pensamos en sobrevivir más que en conquistar un hombre.

—Aquí hay muchos hombres. Cualquiera…

—¿Cualquiera? —la enfrentó incrédula—. No te fijaste en nadie hasta que Connor se puso frente a ti. Yo tampoco estoy dispuesta a casarme con *cualquiera* de los que veo a diario por aquí. Os casasteis sin ningún cortejo…

—No hacía falta. Connor necesitaba… —dirigió la mirada a las niñas que observaban distraídas una vitrina con cristales transparentes y objetos desconocidos para ellas.

—Pues quizá ahora sí que sea necesario convencerle de que tú eres la mejor elección.

—¿Quieres decir que debo cortejarlo yo? —se alejó de su hermana, inquieta, para apoyarse en la camilla de la consulta.

—No, pero quizá debas darle razones para que te elija a ti y no a ella.

Maggie resopló cruzándose de brazos. Lo que le estaba diciendo Joanna no era tan descabellado.

—Solo deseo que vuelvan a la ciudad cuanto antes y nos dejen en paz.

—Eh… pues que la prometida de Connor se quede pasmada en mitad de la calle no sé si es buena idea.

—¿Por qué lo dices?

—Porque está atrayendo a todos los hombres que pasan por ahí.

Maggie se acercó molesta a su hermana para mirar por la ventana. Varios hombres la rodeaban, algunos sin guardar un mínimo de decoro. La joven parecía aturdida e impresionada.

Murmurando un improperio, Maggie salió del consultorio y fue hacia ella, apartando a los hombres a su paso, con firmeza.

—No creas ni por un momento —tiró de su brazo para alejarla de ellos entre algunas quejas— que vas a quedarte aquí. Este no es tu sitio, Connor es mi esposo y los hombres no van a tratarte como la princesa que te crees que eres.

—Yo no…

—Tú, sí —la interrumpió cortante—. ¿Por qué no has acompañado a Randall?

—Me ha dicho que tenía cosas que hacer.

—¿Y qué? ¿No te podía haber llevado con él? No querrás venir conmigo, ¿verdad?

—No, claro que no —levantó la barbilla altiva mirando a su alrededor sin saber hacia dónde dirigirse.

—Muy bien. Pues muévete si no quieres que venga el sheriff y se te lleve por crear un altercado.

Se mantuvieron la mirada por unos instantes, orgullosas. Finalmente, Michelle, altiva, dio media vuelta y se alejó con paso firme. Maggie volvió al consultorio con su hermana.

—¿Dónde va?

—No lo sé y no me importa.

—Pero no conoce este lugar.

—Y de nada le va a servir conocerlo si regresa a la ciudad en unos días.

—¿No hay niños por aquí? —preguntó Rose extrañada, mirando con ellas, por la ventana.

—Sí, claro. Están en la escuela. Vamos a conocerlos —sonrió Maggie animada—. Lo hablé con Connor antes de que vinierais, pero como ha sido todo tan repentino se me había olvidado.

—¿Aquí también hay escuela? —preguntó Conny con un mohín.

—Sí, claro que sí. Vuestra maestra es muy lista. Se llama Abby. Ya nos veremos, Joanna. Venid, niñas, vamos un momento al almacén de la señora Patterson y luego iremos a conocer a Abby. Os gustará.

Las tres, tomadas de la mano, salieron de la consulta, confiadas y con paso firme.



Connor regresó cansado a la hora de comer. Habían recibido un cargamento extra en el aserradero ante tanta demanda como había empezado a producirse. Era una de las consecuencias de que cada vez más forasteros se instalaran allí y en los alrededores. No le extrañaba. Esa tierra estaba llena de oportunidades.

Todo estaba muy tranquilo. Amarró al caballo y se quitó el *Stetson* para entrar en la casa. Las niñas estaban concentradas, escribiendo en unas pequeñas pizarras. Las dos levantaron la cabeza al oírle entrar y le sonrieron dejando sus tareas a un lado.

Maggie estaba en la cocina, pensativa. Había estado dando vueltas a lo que Joanna le había comentado y llegó a la conclusión de que tenía razón. Quizá debería acicalarse un poco más o mostrarse más cariñosa. A fin de cuentas, era su esposo y no quería que corriera tras las bonitas faldas de otra mujer.

—Maggie…

Se giró sobresaltada con el cucharón en la mano. Había vuelto demasiado pronto, se dijo, pasándose una mano por su cabello para tratar de peinárselo con disimulo.

—Estoy terminando de preparar la comida —le explicó contrariada. Hubiera querido mostrarse más bonita ante él. Había regresado demasiado pronto, se repitió molesta consigo misma—. Esta mañana fuimos a la escuela y me retrasé un poco.

Connor asintió satisfecho acercándose a ella. Estaba bonita y su mirada parecía diferente. No sabía por qué o si solo eran imaginaciones suyas.

—Huele muy bien.

Maggie sonrió ruborizada. Estaba preparando la comida con mucha más atención de la que solía prepararla. Su madre le había dicho que a los hombres se les conquistaba por el estómago y estaba dispuesta a comprobarlo por sí misma. Se le había acabado la excusa de no tener tiempo para batir la mantequilla. No volvería a cocinar unas galletas tan sosas como las de esa mañana.

Se dispuso a retroceder un paso cuando Connor se acercó a la cazuela hirviendo, pero decidió no hacerlo. Connor la rozó ligeramente al acercarse, consciente de que ella no se había movido. Parecía proteger su comida, orgullosa de ella, a juzgar por el brillo en sus ojos. No recordaba haberla visto así cuando cocinaba.

—Espero que te guste —le comentó ella con dulzura, batiendo las pestañas.

Él la miró extrañado con una media sonrisa. Hubiera jurado que estaba tratando de coquetear con él, pero no tenía sentido. Se alejó ligeramente confundido antes de volver a mirar a las pequeñas.

—¿Ya habéis conocido a otros niños?

Las dos pequeñas empezaron a parlotear a la vez haciéndole sonreír. Maggie se apoyó en el dintel de la puerta contemplando la escena. Era bonito verlos así. Connor sonreía y les prestaba atención como si realmente le importaran. Podían considerarse ya una familia, se ruborizó recordando la noche anterior durmiendo entre sus brazos.

Connor la miró distrayéndola de sus pensamientos. Maggie lo miraba con un brillo que no supo identificar. Parecía que estuviera esperando un beso. ¿Podía ser cierto? ¿Por qué no? Era su esposa. Se dirigió a ella.

Maggie fue incapaz de moverse. Su corazón empezó a latir acelerado. Él la miraba con los ojos brillantes pese a su aspecto cansado. Sus rodillas comenzaron a temblar. Parecían saber lo que iba a ocurrir entre ellos.

—¿Dónde están los demás? —le susurró deteniéndose frente a ella.

No quería verse sorprendido. No le importaba, pero no le apetecía que su padre fuera testigo de lo que estaba empezando a convertirse en una debilidad. No dudaría en aprovecharla en su contra.

—¿Qué *demás*?

Connor parpadeó incrédulo dando un paso atrás.

—No me creo que se hayan marchado sin despedirse.

Maggie abrió la boca sorprendida mientras sus mejillas se ruborizaban exageradamente.

—Los olvidé en el pueblo.

—¿Cómo dices?

Maggie frunció el ceño, enfadada consigo misma, mientras dejaba el cazo sobre un plato, nerviosa. Refunfuñando palabras inteligibles, se quitó el delantal con prisa.

—Me olvidé de ellos. Fuimos juntos, hablé con mi hermana y decidí llevar a las niñas a que conocieran la escuela. Luego vine aquí.

—¿Se quedaron en Henleytown?

—Sí. Tu padre dijo que tenía cosas que hacer y que encontrarían quien los trajera si yo no les esperaba.

—¿Por qué suponía que no ibas a esperarlos? —le preguntó siguiéndola al exterior.

—No lo sé —le respondió ligeramente ruborizada. Probablemente porque la animadversión que sentía hacia ellos era visible, se dijo.

Connor resopló volviendo a colocarse el *Stetson* en la cabeza. Lo que menos le apetecía era tener que ir a buscarlos y escuchar las

quejas de su padre al respecto del descuido de su esposa.

—No tardaré —le aseguró Maggie dirigiéndose a la carreta.

—Yo tardaré menos —la amonestó con la mirada, adelantándose a ella, dispuesto a subir.

Se detuvieron al ver a Gideon con su carreta, deteniéndose frente a ellos. Maggie y Connor compartieron la mirada, brevemente, ante los rostros serios y despectivos de sus invitados. Connor se dirigió hacia ellos mientras Maggie se cruzaba de brazos ante la dura mirada de Michelle.

—Gracias, Gideon —le dijo Connor acompañándose de un gesto con la cabeza.

—¿Hace falta que te diga algo acerca de la poca educación de tu esposa? —le preguntó Randall mirándole serio en cuanto Gideon se dirigió de regreso al pueblo.

La tensión parecía poder palparse en el aire.

—Maggie tenía cosas que hacer —la defendió Connor impasible mientras Michelle se sacudía, disgustada, el polvo que cubría su bonito vestido.

—Oh, Connor —gimió refugiándose en sus brazos—. Esos hombres…

—¿Qué hombres? ¿Te han hecho algo? —le preguntó preocupado.

—Estaban por todos los sitios. No podía caminar tranquila sin que uno u otro se acercara con a saber qué intenciones.

Connor asintió dejando que ella se apoyara en él para caminar. Su mirada ceñuda se cruzó con la de Maggie, que reflejaba su lucha entre la frustración y la rabia que sentía al ver a Michelle, de nuevo, entre los brazos de su esposo.

Maggie tragó saliva con gran esfuerzo. Debía disculparse, pero sentía que un nudo en la garganta agarrotaba sus palabras. Carraspeó con los labios apretados con fuerza.

—No los vi a la hora de irme —se disculpó ganándose todas las miradas reprobatorias.

Levantó la cabeza altiva y pasó entre ellos de regreso al interior de la casa. No iba a disculparse más. Ellos tampoco estaban haciendo que la convivencia fuera fácil, se justificó.

—Esa mujer… es una salvaje… —musitó Michelle apoyando su mejilla en el pecho de Connor.

—Es mi esposa, Michelle —le recordó mientras la seguían.

Michelle se detuvo cuando Randall entró en la casa delante de ellos. Connor la miró extrañado.

—No te mereces esto, Connor —le aseguró con firmeza—. Déjala. Deja todo esto. Volvamos a casa juntos.

—¿Y las niñas?

—¿Qué niñ…? Ah, sí. Las cuidaremos. Tendremos nuestros hijos propios. En la civilización, Connor. No aquí. No en este lugar.

Connor negó con la cabeza antes de abrirle la puerta y pedirle que entrara gesticulando con la mano. No iba a planteárselo. Había tenido sus razones para alejarse de la ciudad y no las había olvidado. Las niñas se criarían allí y él seguiría casado con Maggie. Todo era como debía de ser.



Esa noche, antes de acostarse, Connor se tomó su tiempo para entrar a la casa. Su padre y Michelle ya se habían retirado a sus dormitorios y Maggie estaba preparando la cama para que las niñas se acostaran. La brisa nocturna le acariciaba el rostro ayudándole a alejar de él el malestar que le embargaba.

Su padre le había estado hablando de las posibilidades de invertir en Henleytown llenándole la cabeza de números, negocios e ideas que no pensaba desarrollar. Por lo menos, de momento.

Estaba bien como estaba. Como capataz en el aserradero tenía sus responsabilidades. Últimamente estaban llegando forasteros con ganas de empezar de cero como él había hecho. Se sentía bien enseñándoles el trabajo y contribuyendo a que todo marchara como debía. Los hermanos Lewis le habían abierto la puerta cuando llegó allí. Le habían hecho sentir uno de ellos. Ahora él hacía lo mismo con los que buscaban un futuro diferente.

Con la llegada de las niñas, su vida sería distinta. También Maggie era una novedad. Quería asentar esos cambios antes de pensar en nada más. Sonrió al pensar en Maggie. No tenía nada que envidiar a Michelle y parecía no darse cuenta. Las niñas se habían encariñado con ella con facilidad. ¿Le tentaba la vida de la ciudad? Ya no. Prefería formar parte de un lugar como aquel que parecía crecer por momentos.

Vio a Michelle acercarse a él, mirando a su alrededor, con cierto temor reflejado en el rostro.

—Creí que estarías acostada.

—No. Tuve que salir a… —se ruborizó—. No importa… ¿Cómo puedes vivir aquí, Connor? ¿Por qué no vuelves a casa conmigo?

Connor contuvo la respiración. ¿Otra vez?

—Este es mi hogar ahora. Maggie es mi esposa.

—¿Qué viste en ella?

Connor la miró tranquilo. No iba a contarle la verdad.

Michelle cruzó los brazos sobre el pecho en un intento inútil de refugiarse de la brisa nocturna.

—Si no te conociera y supiera que nunca te dejas llevar por impulsos pensaría que le pediste matrimonio cuando te enteraste de esa cláusula absurda de tener esposa para cuidar a esas mocosas.

Connor apretó los labios, conteniendo una respuesta incómoda. No fue un impulso. Lo pensó bastante… más o menos, se justificó.

Michelle parpadeó asombrada.

—¿He acertado?

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. Eres muy transparente. Ahora lo entiendo. No tenéis nada en común. Ella es vulgar, impulsiva y soberbia. Déjala y vuelve conmigo.

Connor negó con la cabeza.

—Maggie es mi esposa. Accedió a cuidar a mis sobrinas, algo que tú parece que no te hayas planteado nunca.

—Si tengo que cuidarlas, lo haré. Ni su padre quiso hacerse cargo de ellas…

—Son las hijas de mi hermana.

—Ya te he dicho que las cuidaré —le aseguró dando un paso hacia él.

Connor negó con la cabeza.

—Michelle, no hay más que hablar —insistió mientras ella eliminaba la distancia entre ambos y pestañeaba coqueta.

Connor la miró serio. No iba a caer en su juego por muy bonita que fuera y muy tentadora que resultara. Dio un paso atrás haciéndose a un lado para que ella pudiera pasar de largo con cierta dignidad y dirigirse al interior de la casa.

La joven levantó la barbilla altiva. Lo miró desairada y con paso firme entró dando un portazo a su espalda. Maggie la miró con el ceño fruncido. «Iba a despertar a las niñas». Michelle la ignoró a conciencia. Otro portazo cerró su dormitorio. Maggie se asomó a una de las ventanas. Estaba convencida de que Connor estaría fuera.

Lo vio pensativo, caminando despacio para apoyarse en uno de los postes del porche. ¿Se estaría planteando volver a la ciudad? Si lo hacía, no le quedaba duda de que a ella la dejaría en Henleytown. Murmuró un improperio. ¿Por qué habían tenido que aparecer tan pronto? No habían consumado el matrimonio. Connor podría alegarlo para deshacerse de ella. Sería humillante, además de doloroso, que se fuera de allí.

Un nudo ahogó su corazón. No le importaba tanto el desprecio público como lo que estaba empezando a sentir por él. Apretó los labios con fuerza. No iba a humillarse pidiéndole que se quedara. Con un gesto airado regresó a su improvisada cama.

Connor entró cuando supuso que todos estarían durmiendo. Una lamparita con poca intensidad, alumbraba la familiar estancia. Las pequeñas dormían con sus sonrisas relajadas. En el colchón de al lado estaba Maggie de espaldas. No pudo evitar sonreír al verla tapada hasta las orejas y con los ojos fuertemente apretados. Tenía el ceño fruncido. Parecía enfadada, pero no tenía motivos.

—Sé que estás despierta.

—Pues ignóralo. No quiero hablar contigo.

—¿Por qué? —preguntó empezando a quitarse la camisa.

Maggie se incorporó furiosa, antes de girarse y desviar la mirada de su torso desnudo, con las mejillas encendidas. No esperaba verlo

sin ropa.

—¿Cuándo van a marcharse?

—No lo sé. Espero que en unos días.

—¿Unos días? — Volvió a tumbarse y a darle la espalda—. ¿Te irás con ellos?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Crees que no sé que tu padre te habla de negocios, de tu fortuna y de lo que te está esperando en la ciudad?

—¿Y qué importa? —se tumbó a su lado cubriéndose con las mantas.

Maggie se removió incómoda alejándose de su contacto y del calor que emanaba su cuerpo.

—¿Y esa mujer? Está todo el día abrazándote, quejándose de todo lo que hago o dejo de hacer y tú la consuelas.

—Esta mañana los dejaste tirados en Henleytown.

—Fue un fallo sin importancia. Gideon los trajo.

—Esta tarde la has puesto a lavar la ropa.

—No soy su criada, ni la de tu padre.

—Son tus invitados.

—No es cierto. Son los tuyos.

—Eres mi esposa. Los invitados a esta casa son de ambos.

—No recuerdo haberles enviado ninguna invitación, ni que tú lo hicieras.

—Eso ya da igual. Solo serán unos días.

Maggie refunfuñó haciéndose un ovillo en la cama. Connor la miró de reojo. Con una media sonrisa le pasó el brazo sobre los hombros, atrayéndola hacia su cuerpo.

Maggie ahogó una exclamación y saltó de la improvisada cama, furiosa. Sus pies notaron el frío suelo. Connor la miró extrañado.

—No me abraces. Acabas de abrazar a Michelle. Sé que estabais juntos fuera, ¿y ahora me abrazas a mí?

—Maggie, no digas tonterías y ven a la cama.

Maggie se acercó a la cama solo para quitar una de las mantas que la cubría y envolverse en ella.

—No voy a ser un segundo plato para nadie —refunfuñó buscando a su alrededor un lugar donde dormir.

Con el ceño fruncido se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—No digas tonterías y ven a dormir.

—No —le respondió con firmeza—. No voy a compartir tu cama cuando tú estás pensando en volver a la ciudad y dejarme aquí tirada como si no valiera nada.

Connor la miró extrañado, empezando a enfadarse. ¿Estaba celosa? No tenía motivos.

—¿Qué estás diciendo? No pienso irme a ningún sitio.

Maggie lo miró con cierta desconfianza, pero con la barbilla levantada y un gesto altivo, se encogió en la manta y apoyada contra la silla, cerró los ojos para tratar de dormir. No quería seguir hablando con él. No sabía si sería cierto o no que fuera a volver a la ciudad. Parecía muy seguro de sus palabras. No lo conocía tanto como para saber qué sería capaz de hacer.

Connor, resoplando, apagó la lamparita que iluminaba el salón. Estaba cansado y Maggie no parecía querer entrar en razón. No iba a discutir con ella. No a esas horas ni cuando su padre o Michelle estaban en los dormitorios contiguos, probablemente prestando atención a su disputa. Se tumbó en la cama mirando al techo. No tenía nada que pensar. Poco a poco, el sueño se apoderó de él.

A lo largo de la noche, Maggie se arrepintió infinidad de veces de haber escogido la silla para dormir. Era dura e incómoda y no podía encontrar una posición mínimamente confortable. Además, sentía frío, pero no volvería a la cama a buscar el calor de Connor ni la comodidad del estrecho colchón.

Se enfadó con Michelle que estaría durmiendo plácidamente en su cama y que había ocasionado que ella acabara durmiendo no solo en el salón sino en una incómoda silla. Se enfadó con Randall que, acostumbrado a conseguir siempre lo que se proponía, no dejaba de tentar a Connor con todo lo que había dejado atrás.

Se enfadó con Connor que no los echaba sin miramientos de su casa. Le habían llevado a las niñas, sí, pero todo lo demás, sobraba. Las habían dejado. Deberían haber regresado a la ciudad inmediatamente, y más aún cuando no eran bienvenidos.

Y se enfadó con ella, por no haberse limitado a darle la espalda a Connor y haberse levantado, impulsiva, de la cama. Se ruborizó. Él la había abrazado por la espalda. Todo su ser se había encendido con ese contacto. Recordó sus besos y cerró los ojos con más fuerza. Ahogó un gemido. No quería que se fuera, o que su estancia en Henleytown fuera solo un capítulo de su vida. ¿Qué iba a hacer ella sin él?

Entre tanto malestar, apenas pudo conciliar el sueño.



A la mañana siguiente, Connor sintió cierto alivio cuando llegó al aserradero. Maggie seguía molesta con él, había mostrado un gesto serio y el ceño fruncido, se le habían quemado las galletas de avena, y no le había dirigido la palabra.

—¿Todo bien, Latimer? —le preguntó Duncan cuando lo vio acercarse al almacén con el gesto contrariado.

—Sí.

—He oído que tu padre quiere hacer algunas inversiones por aquí.

Connor le mantuvo la mirada. No le extrañaba que su padre hubiera alardeado de ello, además de que fuera cierto. Su padre era un buen hombre de negocios.

—¿Necesitas financiación?

—No… pero nunca se sabe.

Connor ahogó un suspiro.

—Si necesitas algo, puedes pedírmelo. Que no quiera volver a la ciudad no significa que rechace mi herencia o el dinero que tengo en el banco.

Duncan lo miró con los brazos cruzados y cierta diversión en la mirada.

—Así que eres un señorito de ciudad que ha venido a Henleytown a divertirse.

Connor sonrió sin negarlo. No buscaba diversión, pero se encontraba satisfecho con esa vida que había encontrado.

—Ese hombre de ahí —señaló a un hombre de similar edad, de complexión delgada y gesto sombrío que, junto a otros, descargaban troncos de una carreta—, creo que viene de la misma zona que tú.

Connor lo miró sin mayor interés.

—No pienso volver.

—¿Estás seguro? Ya sabes que aquí los inviernos pueden ser duros.

Connor se encogió de hombros quitándole importancia.

—Los pasaremos como podamos.

Duncan asintió convencido mientras juntos se dirigieron a ayudar a descargar los troncos que acababan de recibir.

La mañana se le pasó rápida. El trabajo duro le hacía distraerse. Intercambió algunas palabras con Ben, el hombre que provenía de su misma ciudad. Parecía afable y, como él, había llegado hasta allí, buscando una nueva vida.

Al acabar la jornada, vio a una mujer rolliza esperando frente a la oficina de Duncan. Se dirigió a él nada más verlo. Mathew, el hermano de Duncan, trató de impedirle el paso, sin conseguirlo.

—Solo será un momento —le espetó haciéndolo a un lado, sin miramientos.

Connor la miró extrañado. Era la madre de Maggie. ¿Habría ocurrido algo?

—¿A qué está jugando, joven?

—¿Perdón? —le preguntó confundido. La había visto alguna vez en el *Saloon* y la cantina amonestando a los que consumían alcohol, pero él apenas había vuelto a probarlo desde que se había casado con su hija.

—No le consideraba capaz de abandonar a mi hija, pero por los rumores que han llegado a mis oídos, parece estar dispuesto a hacerlo. Su padre y su antigua prometida han venido a buscarlo. ¿Va a volver con ellos?

Connor apretó los labios tensando la mandíbula. Era insultante. Solo Ben y los hermanos Mathew parecían ser testigos del humillante rapapolvo.

—Me he casado con su hija. Prometí ante Dios y ante todos que la respetaría y cuidaría de ella siempre y no soy hombre de romper mi palabra.

—Sus gestos no parecen acompañarle. Dejó a esa pobre mujer en la ciudad esperando su regreso.

—No fue como le han contado. Dejé todo zanjado cuando me largué de allí. No pensaba volver y sigo fiel a esa idea.

—Las ideas pueden cambiarse.

—No en este caso. Maggie es mi esposa…

—Le advertí de que quizá no fuera la mujer sumisa que parecía esperar.

—No quiero una mujer sumisa. Quiero una mujer fuerte que me ayude a criar a mis sobrinas. Maggie es esa mujer. No pienso abandonarla.

Mariah asintió convencida.

—Mi hija puede no tener padre, pero no está sola. Debía asegurarme y escucharlo con mis propios oídos. También ellos —miró sin ningún remordimiento a los hombres que estaban siendo testigos de su amonestación— son testigos de sus palabras. Espero que no tenga que tragárselas. Probablemente se le indigestarían.

—Maggie es mi esposa y eso no cambiará jamás.

Mariah volvió a asentir con seguridad, antes de despedirse de ellos con un gesto de cabeza. Se subió a la carreta en la que suponía que había llegado hasta allí y se alejó sin mirar atrás dejándolos en un incómodo silencio.

—Diría que Dios nos libre de las mujeres —musitó Mathew socarrón—, pero son imprevisibles y eso hace que la vida tenga algo de color.

Connor lo miró con cierto recelo.

—¿Todo bien, Latimer? —le preguntó Duncan.

Connor asintió intranquilo. ¿Maggie había acudido a su madre buscando consuelo o algún tipo de apoyo? ¿Le había dado motivos para sentirse insegura? Esa mañana había mantenido el enfado de la noche anterior, y no le había prestado especial atención, ¿pero eso era una razón suficiente para que su madre se presentara ante él pidiéndole explicaciones?

Resopló dirigiéndose al abrevadero donde solían lavarse al acabar la jornada. Ben lo seguía en silencio.

—¿Tienes esposa? —le preguntó tratando de digerir la incomodidad de lo sucedido.

—No —respondió Ben, serio.

—Aquí no hay muchas mujeres… pero van llegando.

—No quiero ninguna mujer.

Connor lo miró extrañado ante la crudeza de su tono de voz.

—¿Una mala experiencia?

—La peor —murmuró evitando su mirada.

Connor no siguió preguntando. Volvió a pensar en lo que habría llevado a Maggie a buscar consuelo en su madre y en lo que esperaba encontrar en casa cuando llegara. Confiaba en que su padre y Michelle regresaran pronto a la ciudad y los dejaran tranquilos.

Maggie se quitó el delantal y se dirigió al espejo que había en el salón de la casa, tratando de adecentar su aspecto. Connor no la vería despeinada, se dijo cepillándose ligeramente el cabello, mientras las pequeñas garabateaban sus pizarras. Podría hacerse un recogido similar a los de Michelle. Solo debía esmerarse un poco.

—Jamás lo conquistarás, por mucho que lo intentes.

Maggie se giró ruborizada al escuchar a su espalda la voz de Michelle cargada de acritud y rabia.

—No sé a qué te refieres, pero te recuerdo que ya estoy casada con él.

—Se casó contigo solo para que cuidaras a las crías. Podría haber escogido a cualquier otra.

Maggie levantó la cabeza, altiva. No podía negarlo, pero no iba a darle la razón. Miró de reojo a las niñas que habían dejado lo que

hacían para mirarlas. Tomó aire, tratando de relajarse, y habló despacio, con calma contenida.

—Me escogió a mí. Nos llevamos bien y hemos formado un hogar donde cuidaremos a nuestros hijos.

—Eso será si se queda aquí.

—No tiene idea de marcharse.

—¿Eso te ha dicho? ¿Le has creído?

—No tengo por qué dudar de él.

—A mí también me dijo en multitud de ocasiones que me quería y después me abandonó como bien sabes.

—Es diferente —respondió pensando en la lógica de sus agrias palabras, mientras notaba como cierta rabia empezaba a apoderarse de ella.

—¿En qué? Nos habíamos prometido y rompió su compromiso. ¿Por qué crees que es capaz de mantener el que hizo contigo?

—Estamos casados.

Las dos mujeres se mantenían la mirada con firmeza.

—Éste es un pueblo perdido en un rincón del oeste. Si quisiera, nada le impediría volver a la ciudad con esas crías y dejarte sola.

—Tú lo has dicho. Si quisiera, pero no querrá. No faltará a su palabra.

Michelle avanzó un paso firme hacia Maggie con el ceño fruncido y la rabia reflejada en sus ojos. Sin dudarlo le dio una sonora bofetada. Maggie la miró alarmada. ¿Cómo se había atrevido? Se lanzó hacia ella furiosa devolviéndole la bofetada. Michelle la sujetó por el cabello. En un momento fueron un nudo de volantes, brazos y exclamaciones. Las sillas cayeron al suelo con su forcejeo. La mesa quedó apoyada en el sofá. El sillón contra la pared…

—¿Qué está pasando aquí? —bramó Connor al entrar a la casa y contemplar, asombrado, la escena.

Las dos niñas observaban todo desde la pared, abrazadas la una a la otra. Las mujeres se detuvieron avergonzadas. Michelle saltó hacia los brazos de Connor.

—Es una salvaje. ¿Cómo puedes estar casado con alguien así? Me tiró del cabello. No puede ni verme. Yo no he hecho nada.

Maggie la miró alarmada. ¿Cómo podía mentir de esa manera? ¿Y Connor? ¿Por qué la abrazaba y se atrevía a mirarla a ella como si le hubieran salido dos cabezas? Con el ceño fruncido, se levantó del suelo. No sabía si sacudirse primero la falda o pasarse la mano por su desordenado cabello. Le dolía la expresión desconcertada en el rostro de Connor y el visible enfado que lucía en su semblante.

La había juzgado y considerado culpable. Solo tenía ganas de llorar, pero la sonrisa triunfal que Michelle le dedicó entre sus brazos, la llenaron de furia.

—Enseguida estará la comida preparada —masculló entre dientes, levantando la barbilla altiva y pasando por su lado.

Connor se limitó a seguirla con la mirada.

—¿Estás bien? —preguntó a Michelle.

Maggie sintió que los ojos se le llenaron de lágrimas ante esas palabras. ¿Y ella? Era su esposa. Era a quien debía estar consolando. No a esa mujerzuela vanidosa y engreída. Tomó el cazo para remover la comida. Debía hacer algo para mantenerse distraída.

Connor la siguió a la cocina.

—¿No puedes comportarte? Primero tu madre y ahora esta escena nada más llegar.

—¿Comportarme, yo? —le preguntó agitando el cazó, nerviosa—. ¿Yo? Soy tu esposa. Esa arpía se lanzó sobre mí. No iba a dejar que me abofeteara y saliera impune de eso.

—Michelle jamás haría eso.

Maggie resopló furiosa.

—Toma —le apretó el cazo contra su pecho—. Es tu invitada. Puedes quedarte con ella.

Se dio media vuelta dispuesta a salir de la cocina. El cazo cayó al suelo. Connor la sujetó por el brazo.

—¿Dónde crees que vas?

Maggie intentó soltarse, sin conseguirlo. La mirada de Connor era dura. Forcejeó impotente. No iba a quedarse donde no se la quería. No iba a permitir que la humillara. Intentó zafarse de él empujándole, pero el pecho de Connor era un muro infranqueable.

—¡Maggie! —vociferó intransigente. No quería ningún espectáculo.

—¡No le pegues! ¡Por favor! ¡Vas a matarla! —exclamó Rose sujetando a su tío del otro brazo mientras Conny rompía a llorar desconsolada y temblorosa y se agazapaba en un rincón de la cocina —. Ella no ha sido.

Connor miró a la niña. Su corazón se agarrotó al ver el miedo reflejado en su mirada. Los sollozos de la pequeña le helaron el corazón.

—No voy a pegarle —murmuró soltándola—. Yo no…

Maggie se alejó de él, impresionada por la reacción de las pequeñas y corrió a consolar a Conny que se había puesto a rezar entre sollozos y gemidos.

—Cariño…

—Va a matarte —susurró moviéndose hacia delante y hacia atrás, totalmente enajenada—. Va a matarte.

Connor, consternado, se agachó para mirar a Rose a los ojos.

—Perdóname, Rose —le pidió desconcertado—. Solo quería hablar con Maggie.

—La has sujetado por el brazo. Ibas a pegarle —le contrarió con frialdad y determinación.

—Claro que no. Te lo prometo. Jamás le levantaría la mano.

—Ibas a hacerlo. Era lo siguiente —insistió dando un paso atrás.

Se alejó de su tío y corrió hacia su hermana que sollozaba entre los brazos de Maggie.

Connor contempló la escena, sin palabras. Solo quería hablar con Maggie. La tensión en el ambiente, el miedo y los llantos de las pequeñas le encogieron el corazón. Maggie lo miró preocupada. No estaba furiosa. Parecía tan confundida como él.

—Vuestro tío solo quería hablar conmigo. Yo me había enfadado con él.

Rose negó con la cabeza.

—Tú no lo sabías. Mamá tampoco. Pero luego te iba a pegar. Pasa siempre —le aseguró Rose acunando a Conny.

Maggie parpadeó incrédula.

—No…

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Randall entrando en la cocina.

Las niñas se abrazaron asustada, quedándose inmediatamente en silencio. Connor miró a su padre.

—No pasa nada —le respondió interponiéndose entre él y las pequeñas—. Maggie iba terminar de preparar la comida.

Randall le mantuvo la mirada antes de asentir.

—Están muy consentidas. Tendrás que educarlas —le advirtió antes de salir de la cocina.

Connor volvió a mirarlas, confundido. ¿Qué había ocurrido?

—Eh…

Maggie se levantó dejando que las pequeñas sollozaran en silencio.

—Serviré la comida… por si alguien puede comer… después de esto —musitó.

Connor asintió antes de salir de la cocina. Maggie escuchó cerrarse la puerta de la casa. Se asomó a la ventana. Vio a Connor llegar hasta el abrevadero. Su cuerpo parecía en tensión. Lo vio remojarse la cabeza y resoplar con gesto confundido. Ella miró a las niñas. Seguían en el rincón, abrazadas.

—¿Qué os parece si nos vamos luego a cortar unas flores?

Las dos niñas asintieron empezando a calmarse. Fue hacia ellas y se agachó a su lado.

—No va a pasar nada.

Las dos niñas se arrojaron en sus brazos.

—Mamá también decía eso —murmuró Rose.

Maggie las abrazó con fuerza. No sabía cómo consolarlas. No tenía ni idea de qué decirles para que se sintieran a salvo.

—Vuestro tío jamás me pegaría —les aseguró. Estaba convencida de ello, aunque había escuchado de hombres que sí pegaban a sus esposas.

—No lo puedes saber —le susurró Rose en el oído—. Eso no se le cuenta a nadie.

Maggie se estremeció ante sus palabras cargadas de miedo. Les dio un beso en la frente.

—¿Me ayudáis a llevar las cucharas a la mesa?

Las dos pequeñas se levantaron limpiándose con el brazo las lágrimas que aun resbalaban por sus mejillas. Asintieron aún

temblorosas. Maggie se incorporó. Un mechón de cabello rozó su rostro. Se llevó la mano a su melena despeinada. Había pensado en adecentarse para Connor, pero en ese momento, todo carecía de importancia.

Siguió a las pequeñas con la mirada. Se le había encogido el estómago. Casi le dolía. Sería incapaz de tragar un bocado. Ahogó un suspiro y recogió el cazo del suelo. Debía lavarlo. Serviría la comida y después… no sabía qué podría suceder.



Poco después estaban sentados a la mesa en un tenso silencio. Las pequeñas apenas probaban bocado. Maggie parecía mover remolona la comida sin levantar la vista del plato. Connor, a duras penas, conseguía tragar algo. Sentía el estómago agarrotado, dando vueltas a lo que había ocurrido instantes antes. Solo Michelle y Randall comían ajenos a lo ocurrido.

Connor miraba de refilón a su padre una y otra vez. ¿Qué le había ocurrido realmente a Belinda? ¿Su esposo la había golpeado? ¿Su padre lo sabía? ¿Lo había consentido? La comida y las palabras se le atascaban en la garganta.

Nada más comer salió de la casa. Esperaba estar a solas con su padre unos momentos. Le preguntaría los detalles no solo del fallecimiento de Belinda si no de su vida. Cuando él se marchó se había despedido de ella y, aunque no había reconocido la felicidad en su semblante, no esperaba no volver a verla.

No fue Randall quien lo siguió. Michelle aprovechó la ocasión para acercarse a él por la espalda. Connor la miró apretando los labios. ¿Iba a provocar que tuviera problemas otra vez con Maggie? Probablemente, sí.

—¿Querías algo, Michelle?

—Hablar contigo. Te he notado muy callado durante la comida. Esa mujer que tienes es una salvaje. Se abalanzó sobre mí —gimió

—. No pude defenderme.

—¿La provocaste de alguna manera?

Michelle se llevó la mano al pecho con fingida afectación.

—¿Cómo puedes pensar eso? Yo sería incapaz de ofender a nadie. Me conoces.

Connor le mantuvo la mirada. Ya no sabía qué pensar.

—Vuelve conmigo —le pidió con una dulce sonrisa eliminando la distancia entre ellos—. Puedo olvidar tu locura de venir aquí o de casarte con esa oportunista.

—Maggie no es ninguna oportunista. No sabía si tenía dinero o empresas en la ciudad antes de aceptar mi propuesta.

—No voy a preguntarte qué viste en ella. Un hombre tiene sus necesidades que satisfacer…

—Michelle… no voy a cambiar de idea.

Connor le mantuvo la mirada, serio. Se lo repetiría las veces que fuera necesario. Podía sentirse halagado ante su insistencia, pero también le resultaba molesto. Esperaba que dejara de insistir. En ese momento, lo que menos le importaba era ser o no demasiado brusco con sus palabras y que pudiera sentirse ofendida por ellas.

Michelle levantó la barbilla, altiva, antes de asentir.

—Pareces muy convencido.

—Lo estoy.

—No sé cómo puedes conformarte con vivir en este lugar tan rudimentario. Lo tenías todo, Connor. Todavía puedes tenerlo.

—Michelle, no era feliz.

—No me hagas reír. ¿Acaso aquí lo eres?

—Lo soy —afirmó tajante.

Miró a su padre que salía de la casa interrumpiendo el tenso momento—. Discúlpame, Michelle, quiero hablar con mi padre.

Ella asintió con el rostro serio. Dio media vuelta airada y, pasando al lado de Randall, regresó al interior de la casa. Randall miró a su hijo, con gesto amonestador.

—Un día se cansará de esperarte —le comentó en cuanto se quedaron a solas.

—No debió hacerlo. Fui muy claro con ella cuando rompí nuestro compromiso.

—Déjate de tonterías. Ya has jugado a los granjeros un tiempo. Es hora de volver a casa y asumir tus obligaciones como heredero de mi fortuna.

—También creí haber sido claro contigo, pero también debí equivocarme al respecto. No voy a volver.

—Si no lo haces por ti hazlo por las niñas.

—Ellas estarán bien aquí.

—Las condenas a una vida privada de los lujos que les corresponden por ser mis nietas.

—¿Qué le pasó a Belinda? —le preguntó directamente.

Sabía que era imposible tratar de mantener una mínima conversación con él. No iban a llegar a ningún acuerdo porque ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

—Ya te lo he contado. Cayó por las escaleras.

—¿Sabías que su esposo le pegaba?

—No digas tonterías. ¿Qué te hace pensar eso?

—Las niñas comentaron algo.

No iba a entrar en detalles. La frialdad de su padre era evidente. Era capaz de saberlo y no haber hecho nada al respecto.

—Quizá… No lo sé. Las mujeres son, a veces, deslenguadas y exasperantes. Hay que enseñarles quien manda en casa. Mira a esa esposa tuya…

—No estamos hablando de Maggie. Belinda se casó con quien tú le dijiste pese a que los dos sabemos que no quería.

—Era testaruda. Le avisé de que no volviera a ver a ese hombre.

Connor le mantuvo la mirada, serio.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes tan bien como yo. Estaba enamorada de un muerto de hambre. Quería irse con él.

—Pero no lo hizo. Se lo prohibiste y obedeció. Dejó de verlo y aceptó el matrimonio.

Randall le miró con los ojos entrecerrados.

—Este viento del oeste parece haberte borrado la memoria. ¿No recuerdas los días que estuvo encerrada en su dormitorio sin salir? ¿Sin comer, siquiera?

Connor parpadeó extrañado. Recordaba vagamente algún comentario al respecto, pero en esa época, él pasaba largas jornadas en las oficinas.

—No te hagas el inocente. Eres tan culpable como yo.

—Yo no…

Puso los brazos en jarras mientras resoplaba, conmovido. Un nudo le cerró la garganta. Bajó la mirada mientras fruncía el ceño. Una vez. Solo una vez su hermana le había pedido ayuda. No quería casarse con nadie que no fuera… no recordaba su nombre. Era un don nadie… No lo conocía. Iba detrás de su fortuna, de su posición… Su padre estaba convencido de ello. Belinda negaba tal acusación. Los había oído discutir al respecto más de una vez.

Belinda había ido a su dormitorio una noche. Le había pedido que intercediera, pero no lo había hecho. No sabía lo que le convenía, ¿o quizá sí? Quería lo mejor para ella: un hombre que la respetara y la amara como la encantadora mujer que era. Spencer Mirror, el hombre que había escogido su padre, parecía el candidato ideal. Por lo visto, no lo había sido.

—Belinda cayó por las escaleras. Fin de la historia —resumió Randall apretando los labios con fuerza.

Connor lo miró sintiendo una presión en el pecho.

—Era tu hija.

—No se comportó como tal.

—No se comportó como tú querías.

—Que es lo mismo que estás haciendo tú. Deja de hacer el tonto y recupera tu lugar a mi lado. Tienes un negocio que…

—Tengo una familia.

—¿Qué quieres? ¿Llevártela a la ciudad? Hazlo. Esa mujer tuya tiene más agallas que Michelle. Dudo que encaje en la ciudad, pero será buena madre para esas niñas. Hazlo. No me importa. Lo que quiero es que regreses conmigo.

—No voy a hacerlo.

—Estás hundiendo tu vida.

—No voy a seguir defendiendo mis ideas ante ti. Este es mi sitio.

—Sabes que no, pero si te quedas, luego no vengas a pedirme ayuda.

—No lo haré —le sostuvo la mirada con una seguridad inquebrantable—. ¿Belinda te pidió ayuda, alguna vez?

Randall se encogió de hombros.

—Era una mujer. Se debía a su esposo.

—¿Y dónde está él? ¿Por qué no se hizo cargo de sus hijas? Eran su responsabilidad. Por lo menos le reclamarías eso, ¿no?

—Spencer dudaba de que fueran suyas. Belinda jamás dejó de ver a ese hombre. Ella sola se condenó.

Connor tomó aire profundamente antes de soltarlo despacio, tratando de relajar la tensión que sentía. Había dejado a su hermana totalmente sola. ¿Por qué no la había cuidado? ¿Por qué ella no había buscado su apoyo? Lo había hecho, se lamentó. Alguna vez. Antes de irse. No volvió a verla. No se aseguró de que fuera feliz o de que Spencer la cuidaba. Miró a su padre con desprecio.

—Trajiste a las niñas. Puedes irte cuando quieras.

Randall lo miró con frialdad.

—Eres mi hijo. Tienes empresas que…

—No me importan tus empresas. No volveré.

—Eso ya lo veremos.

—Espera sentado.

Randall dio media vuelta y regresó al interior de la casa. Connor le dio la espalda. Miró fijamente al lugar donde colgaría el columpio para las niñas. Sus sobrinas vivirían allí. Él se encargaría de que fueran felices. La puerta de la casa se abrió a su espalda. Antes de que pudiera girarse para descubrir con quién tenía que lidiar en ese momento, las dos pequeñas lo esquivaron mientras corrían la una detrás de la otra, entre sonrisas.

Maggie se acercó a él, sin dejar de mirarlas.

—Les he dicho que entre esas hierbas —las señaló con la mirada — pueden encontrar lagartijas. Están deseando verlas. Dicen que nunca han visto ninguna. Aunque, claro, yo hasta que llegué aquí, tampoco.

Connor asintió con la mirada perdida.

Maggie lo miró, insegura. Había salido de la casa en cuanto Randall había entrado, ordenando a Michelle, con voz seca, que empezara a preparar su equipaje. Su corazón había dado un vuelco.

Por su semblante crispado había intuido que Connor no iba a volver con ellos. Estaba deseando saltar de alegría, pero había decidido confirmarlo. Hasta que no los viera irse con sus propios ojos no podría relajarse. Sin embargo, la expresión de Connor era triste y abatida. ¿Quería volver a la ciudad? ¿Con Michelle?

—¿Estás bien? —le preguntó Maggie extrañada.

—Sí.

—No —le replicó—. No lo estás.

Connor la miró pensativo. ¿Iba a desafiarlo? ¿Por qué no se conformaba con una simple respuesta?

Maggie frunció el ceño. ¿Había dolor en sus ojos? ¿Quería volver con Michelle a la ciudad? ¿Iba a dejarla allí? Un nudo en la garganta hizo que las lágrimas se amontonaran entre sus pestañas.

—Creí que estabas bien aquí. ¿Te vas?

—¿Y dejarte?

Maggie se encogió de hombros. No entendía esa pregunta. ¿No iba a volver con Michelle? Le daba miedo lo que su corazón estaba sintiendo.

—No sé qué pensar —respondió conteniendo la respiración.

Connor volvió a mirar hacia las niñas.

—No sé qué ocurrió. No sé si Belinda cayó por las escaleras o murió a manos de su esposo.

Maggie ahogó una exclamación mientras se cubría la boca con una mano. Connor la miró.

—La obligamos a que contrajera matrimonio con ese hombre. Creíamos que era lo mejor para ella. Por lo visto, nos equivocamos. Yo me largué de allí. La abandoné.

Maggie lo abrazó por la cintura con intención de consolarlo. El dolor reflejado en su mirada le dolía hasta a ella.

—No lo sabías. No podías hacer nada al respecto.

—Intentó que intercediera por ella. No la escuché. No quería casarse con ese hombre. Estaba enamorada de otro, un cazafortunas… No sé qué hizo. No sé qué ocurrió.

—No le des vueltas —le pidió con ternura—. Querías lo mejor para ella.

—La condené.

—No digas eso. Tú no la empujaste por las escaleras.

—No la ayudé. Es lo mismo.

—No, no lo es.

Connor la abrazó agradecido por su apoyo, apretándola contra su pecho. Le besó con cariño la coronilla. Maggie lo miró preocupada. Podía perderse en el pesar de su mirada. Connor trató de sonreír ante su ternura y preocupación. No pudo hacerlo. Necesitaba sentir paz, alivio, misericordia. Los labios de Maggie eran una tentación. La besó con cariño, con suavidad, explorando, encontrando en ellos el perdón que necesitaba.

Maggie le respondió al beso entregada, confiada, deseando sostener con él el peso que cargaba sobre su alma.

La sonrisa nerviosa de las pequeñas los hizo separarse con gran esfuerzo. Se mantuvieron la mirada por unos instantes, cómplices, antes de mirar a las niñas que enseguida empezaron a correr una tras la otra.

—No tardarán en marcharse —le comentó aliviado mientras la tomaba de la mano y caminaban juntos hasta el porche de la casa.

El corazón de Maggie se agitó cálido y agradecido. No tanto porque volvieran a quedarse a solas sino por ese momento exacto en el que caminaban de la mano, como si fueran una pareja unida por el amor y no por la necesidad.

—Jamás te pegaré, Maggie.

—Lo sé.

—Ni me planteé volver a la ciudad con mi padre. Tu madre no tiene por qué preocuparse.

Maggie parpadeó incrédula.

—¿Mi madre?

—Sí. Vino al aserradero. Estaba preocupada por…

—¿Preocupada o exasperada?

—Sí, quizá.

Maggie apretó los labios, molesta. ¿Se lo habría contado Joanna? ¿Qué creía? ¿Que Connor iba a abandonarla para volver con Michelle? Bueno, ella también lo había creído por momentos, pero su madre no tenía por qué haber intervenido.

—Quería asegurarse de que no fuera a irme sin ti.

Maggie asintió con una mueca mientras sentía bullir la rabia en su interior. Era vergonzoso que su propia madre, una vez casada, se inmiscuyera en su vida. ¿Qué pensaba? ¿Que no podría mantener a su esposo a su lado?

Miró a las niñas que jugueteaban distraídas.

—Eh… le dije a Joanna que bajaría un momento a Henleytown…

—Bien, de acuerdo —respondió Connor viendo cómo le daba la espalda y se dirigía directa hacia la carreta—. ¿No te vas a poner un sombrero?

Maggie no escuchó sus palabras. No sabía a quién visitaría primero. Si a su hermana por no guardar sus preocupaciones entre ellas o a su madre por avergonzarla delante de su esposo e incluso infravalorarla.



Llegó hasta la casa de su madre. La encontró arrancando unas malas hierbas frente a la casa. Bajó de la carreta, todavía enfadada por todos los pensamientos que se habían sucedido en su cabeza al respecto de su visita al aserradero.

Mariah levantó la cabeza y frunció el ceño al ver la expresión de su hija. Se levantó y la miró con los brazos en jarras, preocupada.

—¿Qué ha ocurrido?

Maggie se detuvo frente a ella.

—Dímelo tú.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa?

—Porque fuiste a ver a Connor al aserradero.

—¿Y qué?

—¿Por qué lo hiciste? Es mi matrimonio. Hablé con Joanna. Si hubiera querido que tú supieras lo que estaba ocurriendo te lo habría contado a ti. No tenía ningún derecho.

—No sé de qué me estás hablando, pero si tienes un problema con Joanna, deberías hablarlo con ella. Ya sois mayorcitas para que

siga intercediendo entre vosotras.

Maggie la miró confundida.

—Le reclamaste a Connor. Si no te lo dijo Joanna, ¿quién te lo dijo?

—¿Debía decirme algo?

Maggie se cruzó de brazos, impaciente.

—Madre, sabías que Connor se estaba planteando dejarme.

La mirada de Mariah se tornó gélida.

—¿Se lo estaba planteando?

—Sí. No. No lo sé —empezó a gesticular—. Pero le dijiste que no lo hiciera.

—No —la corrigió limpiándose las manos de tierra en su polvoriento delantal—. Solo le dije —la contrarió— que no estabas sola.

Maggie la miró confundida.

—A veces bajo al *Saloon* —le explicó—. Escuché que el padre de Connor había vuelto a buscarlo con una joven muy bonita. Su hermana, por lo que me dijiste, no podía ser. Supuse que era una antigua prometida. Solo tuve que pensar un poco. Igual que tú que, por fin, parece que has empezado a adecentarte y a arreglar un poco ese cabello. Ya era hora.

Maggie se pasó una mano por su alborotado cabello, mientras se ruborizaba ligeramente.

—¿Entonces?

—¿Qué? Dímelo tú que has venido decidida a reclamarme algo.

—Fuiste a hablar con Connor.

—Por supuesto. Y lo haré las veces que considere necesario. Eres mi hija y, aunque no lo fueras, somos mujeres. Podemos… debemos defendernos y cuidarnos entre nosotras. Tú misma vas a cuidar a las hijas de otra, ¿no?

Maggie la miró reflexiva mientras sentía que toda la rabia que se había apoderado de ella y la había llevado hasta allí la abandonaba.

Mariah dio un paso hacia su hija. Le pasó un brazo sobre los hombros y la invitó con un gesto a caminar juntas hacia la casa.

—Mira este lugar. Es hostil, polvoriento y duro. No lo voy a negar. Nos ha abierto una nueva posibilidad, una nueva vida, pero estamos

lejos de todo y de todos. Si no nos ayudamos entre nosotras…

—Pero… Connor no iba a marcharse. Me lo ha asegurado.

—Me alegro por ello. A mí me dijo lo mismo y parece un hombre de palabra.

—Sí, lo es.

—Y esa mujer que vino a buscarlo, ¿es muy bonita?

—Sí —respondió con un mohín—, y no deja de perseguirlo.

—Si tiene tanto dinero como dicen por ahí, no me extraña.

Maggie ahogó un suspiro.

—Parece que no tienes por qué preocuparte. Acabo de preparar unas galletas. Vamos a probarlas. ¿Qué tal esas niñas?

Maggie sonrió con ternura antes de empezar a hablarle con cariño sobre ellas.



Connor no pudo evitar esbozar una media sonrisa cuando vio a Maggie regresar tiempo después con una expresión más relajada. Fue hacia ella y la ayudó a descender de la carreta, sorprendiéndola con el amable gesto.

No la soltó de la cintura inmediatamente, y ella lo miró extrañada. El brillo en sus ojos le hizo dudar.

—¿Ocurre algo?

—¿No puede un hombre ayudar a su esposa a bajar de la carreta?

—Sí, claro…

—Entonces, también podrá besarla cuando le apetezca, ¿no?

Maggie se ruborizó mientras su corazón empezaba a saltar de alegría. Respondió al beso cuando Connor aprisionó su boca con sus labios. Había sido inesperado, natural y sincero. Apretó su cuerpo contra el de él, encendiéndolo mientras ella misma se abrasaba con su cercanía.

Connor, con gran esfuerzo, se separó de ella para tomarla de la mano y caminar hacia la casa. Sonrió al verle los ojos brillantes y las mejillas coloradas.

—Tengo que soltar a los caballos.

—Lo haré yo —decidió.

Maggie sonrió agradecida.

—Iré a preparar la cena.

Él asintió con un gesto de cabeza, conforme. Maggie se recogió la falda para subir las escaleras del porche, satisfecha. Eran un matrimonio. Se ayudaban, se respetaban, incluso se atraían físicamente, se dijo. Le gustaba cómo la hacía sentir y no solo cuando se besaban. Seguro que todo eso podía ser el amor.

Entró en la casa, orgullosa. Michelle salió de su dormitorio en ese momento. Sus miradas se cruzaron. Su gesto se tornó serio. ¿Cuándo pensaba irse?

—Se aburrirá de ti.

—¿Cómo dices?

—Cuando se canse de jugar a los granjeros se aburrirá de ti y volverá a la ciudad, a sus negocios, a su vida, a mí.

Una oleada de rabia recorrió el cuerpo de Maggie. Michelle lo había dicho tan convencida y con tanta maldad reflejada en su mirada, que apretó los labios para no contestarle inmediatamente. Cerró sus manos obligándose a no lanzarse contra ella, aunque era lo que más deseaba hacer.

—Teniendo en cuenta que no tenemos una granja… —siseó entre dientes.

—Engáñate si quieres. Pero sabes tan bien como yo que volverá a casa, volverá a mí.

—Quizá eres tú la que se engaña. Ya se alejó de ti una vez.

—Y contigo se casó por unas crías. No te ama.

—A ti tampoco.

Se mantuvieron la mirada, furiosas, con los ojos chispeantes y la rabia recorriendo sus cuerpos.

Connor entró pensativo y notó la tensión que emanaban las dos mujeres. ¿Otra vez volvían a discutir? Frunció el ceño, hastiado. ¿Es que no podían convivir en paz? Las dos mujeres le miraron a la vez.

Ambas hicieron un gran esfuerzo para fingir que no estaba ocurriendo nada entre ellas.

—No he visto a las niñas —comentó con la esperanza de que no acudieran a él a quejarse la una de la otra.

Maggie miró a su alrededor. Sus pequeñas pizarras estaban sobre la mesa. El corazón le dio un vuelco. ¿Dónde habían ido? Recorrió la casa, nerviosa, sin verlas por ningún lado.

Connor la siguió tropezando con ella más de una vez. Compartían miradas asustadas, roces accidentales, un mismo propósito.

—No están —jadeó Maggie—. ¿Las has visto? —encaró a Michelle.

Ella, que no se había movido de donde estaba, levantó las manos en señal de rendición mientras negaba con la cabeza.

Connor salió de la casa mientras su padre caminaba tranquilamente hacia él.

—Estás malgastando tu vida… ¿qué ocurre?

—No encuentro a las niñas.

—Estarán por cualquier sitio—señaló sin interés a su alrededor.

—¿Quizá al río? —preguntó Maggie a Connor.

Connor asintió y corrió hacia su caballo.

—¿Llevo la carreta?

—No. Tardarás más y está a punto de anochecer. Busca por los alrededores, quizá no estén muy lejos.

Maggie asintió corriendo hacia la parte trasera de la casa. Estaba asustada. Eran pequeñas. Apenas conocían el lugar. La angustia empezó a apoderarse de ella.

Connor cabalgó hasta el río buscando cualquier indicio que pudiera indicarle dónde podían estar las niñas. Las llamaba por su nombre. Escudriñaba cualquier matorral donde pudieran haberse escondido. Aminoró el paso cuando llegó hasta la orilla. No las veía. No las oía. El miedo a que les hubiera sucedido algo le invadió. No podía perderlas.

¿Acaso vivirían mejor en la ciudad? Estarían más controladas, más vigiladas. Podría contratar una institutriz. Sintió un nudo en la garganta. Ellos habían vivido así y, aunque había sido en ocasiones opresivo por su padre, no habían estado mal.

Se bajó del caballo y lo amarró a un árbol para poder inspeccionar cada una de las rocas y arbustos de la ribera, mientras las llamaba a voces por su nombre.

Tras largos minutos que se le hicieron eternos, las vio caminando por la orilla, río arriba, junto a un hombre. Corrió hacia ellos, llamándolas. Los tres se detuvieron al escucharle y se giraron.

Las niñas corrieron hacia él, sonrientes. Connor respiró aliviado al ver a Ben, detenerse a unos pasos.

—Vivo en el sentido contrario —le indicó Connor, aliviado—. Gracias por haber cuidado de ellas.

Ben asintió mientras Connor se agachaba para abrazarlas. Su corazón palpitaba acelerado.

—No podéis alejaros tanto de casa si no sabéis regresar —les recriminó con suavidad—. Nos habéis dado un susto de muerte.

Las pequeñas asintieron distraídas. Connor miró agradecido a su compañero.

—Ven a casa a cenar. Te presentaré a mi familia.

Ben negó con la cabeza, metiendo las manos en los bolsillos.

—No es necesario. Las niñas están bien que es lo único que importa.

—Como quieras —aceptó Connor—, pero te debo una. Estábamos muy preocupados por ellas.

Tras una breve despedida, Connor se alejó con las niñas, recuperó su caballo y caminó de regreso a casa.

—No os podéis alejar tanto sin avisar.

—Se lo dijimos a Michelle —alegó Rose.

—Ya te dije que no se había enterado —añadió Conny caminando con su tío de la mano.

—Pero está anocheciendo. No deberíais haber salido tan tarde. No volváis a alejaros sin un adulto.

—Estaba Ben.

—Sí, pero podía haberos encontrado algún desconocido y no sabemos qué podía haber pasado.

—Pero Ben es un buen hombre —comentó Rose.

—Mamá siempre lo decía —musitó Conny.

Connor sonrió a la pequeña.

—Porque mamá se preocupaba por vosotras. No podéis confiar en los extraños.

—Ben no es un extraño —respondió Rose.

—No lo es, tienes razón. Trabaja conmigo —le señaló Connor—, pero no podéis salir de casa sin avisarnos a Maggie o a mí. ¿Ha quedado claro?

Las dos pequeñas asintieron convencidas. Cuando llegaron a casa, Maggie corrió hacia ellas. El miedo que había empezado a sentir ante su ausencia, dejó de sostenerla, haciendo que las piernas le temblaran.

—Nos habéis dado un susto de muerte —les amonestó seria mientras las abrazaba—. No debéis alejaros tanto.

—El tío Connor nos lo ha dicho ya —asintió Rose.

—Queríamos ir al río —le explicó Conny.

—Vamos a cenar, que ya es tarde —les ordenó Maggie, tratando de contener sus emociones.

Se sentía agotada. Puso la mesa con la ayuda de las niñas, que se mostraron despreocupadas y tranquilas.

Connor la miraba con frecuencia. Su cansancio, aunque apenas era perceptible, se reflejaba en su mirada. ¿Podría adaptarse a la ciudad si se la llevaba con él? ¿Dejaría aquí a su madre y a su hermana? Ese no había sido el trato al casarse. Ella también había llegado de la ciudad. Ambos podrían volver y cuidar allí a las niñas. Él regresaría a las empresas de su padre… El estómago se le contrajo solo de pensarlo. Podía no comportarse igual que él. Cambiando eso, la vida de sus sobrinas podía ser diferente.

Maggie lo vio salir de la casa conforme empezaba a recoger, después de una cena en la que todos se mantuvieron en un incómodo silencio. Su rostro mostraba una preocupación que parecía asolar su alma. Podía entender el miedo que había sentido al no encontrar a sus sobrinas, pero ese sentimiento probablemente se repetiría en su vida cientos de veces. ¿O acaso estaba pensando en algo más? ¿Querría volver con Michelle a la ciudad y no sabía cómo decírselo? Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había sido un día largo y duro para todos, se recordó. O por lo menos para ella porque

Michelle se había retirado a su dormitorio, despreocupada, nada más acabar de cenar.

Recogió con rapidez, acostó a las niñas y no prestó atención a Randall cuando salió al encuentro de su hijo. ¿Trataría de convencerlo otra vez para que volviera con él? No podría hacer nada al respecto, aceptó resignada conteniendo las ganas de llorar. Se acostó rezando para que el tiempo pasara rápido y todo se resolviera cuanto antes.



—¿Qué más necesitas para comprender que las niñas estarían mejor en la ciudad, lejos de todos los peligros que las acechan aquí?

Connor no se giró al escuchar a su padre tras él. Había intuido que lo haría, que aprovecharía el suceso a su favor. Lo peor era que se lo estaba planteando.

—No es momento de pensar en ello.

—Sí porque no tardaremos en irnos y aunque puedes dejar lo poco que tienes a esa mujer tuya, quiero empezar a organizar las cosas. Me has hecho perder demasiado tiempo aquí.

—No te pedí que vinieras.

—Ya es tarde para reproches.

Connor miró a su padre, intransigente. Siempre quería decir la última palabra.

—Estoy cansado. Hablaremos mañana.

—Hay poco que hablar. Ven. En un tiempo parecerá que nunca te fuiste.

—No volvería bajo tu techo ni con tus condiciones.

—Eso son detalles sin importancia que podremos solventar llegado el momento. Eres mi heredero. Todo te pertenecerá algún día. Tienes que saber gestionarlo.

—Ya te he dicho que no es momento de pensar.

—Pero has de hacerlo. Has perdido demasiado tiempo.

—Padre…

—¿Es por esa mujer? Tráetela si quieres, aunque no la veo capaz de defenderse en la ciudad.

Connor lo miró serio. Maggie venía de la ciudad. Por supuesto que podría defenderse en ella, pensó sin molestarse en replicar a su padre. Se mantuvo en silencio, manteniéndole la mirada.

Randall asintió resignado y regresó al interior de la casa. Connor se quedó pensativo y a solas unos minutos más. No sabía qué hacer, pero no se sentía capaz de tomar ninguna decisión en ese momento.

Regresó a la casa. Las niñas dormían relajadas en su colchón. Maggie se había girado hacia ellas y se cubría con la manta. Probablemente también estaría dormida, pensó mientras se quitaba la ropa.

Se tumbó a su lado, boca arriba, lanzando un suspiro. Podía sentirla junto a él, suave. Se movió ligeramente. Parecía que buscaba su calor. Sonrió cansado. Estaría agotada después de un día tan largo y complicado. Se giró hacia él, somnolienta. Le besó la punta de la nariz.

—Creí que estarías dormida —susurró.

—Estoy cansada, ¿y tú?

—Ha sido un día duro.

—Sí, estaba deseando que se pusiera el sol.

—Todo acabará pronto.

Maggie le miró. Entre sombras podía distinguirse su ceño fruncido y su rostro preocupado.

—Te vi hablar con tu padre. Supongo que aprovechó que las niñas se habían perdido para insistir de nuevo. ¿Estás pensando en volver?

Connor le mantuvo la mirada, serio y en silencio el tiempo suficiente para que a Maggie se le llenaran los ojos de lágrimas. Ella se giró para que no pudiera verlas.

—Hablaremos mañana —le susurró—. Descansa.

Maggie, incapaz de hablar, asintió con la cabeza. El corazón le oprimía, el nudo en la garganta también. ¿La dejaría allí?

Apenas pudo pegar ojo.



A la mañana siguiente, Connor llegó al aserradero, visiblemente cansado. Fue directo a saludar a Ben.

—Gracias por cuidar ayer de mis sobrinas.

Ben le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Supuse que se habían perdido si acaban de llegar. Todo será nuevo para ellas.

—Así es.

—Llevas mala cara.

Connor se pasó la mano por el rostro, agotado.

—Sí. Estoy dándole vueltas a demasiadas cosas a la vez.

—¿Piensas volver a la ciudad con tu padre para llevar sus negocios?

Connor lo miró extrañado. Ben se encogió de hombros.

—Eh… ha corrido la voz… —se disculpó.

—No lo sé, la verdad —le confesó—. Aquí estoy muy bien.

—¿Volverías con Michelle?

Connor frunció el ceño. ¿También había corrido la voz sobre su antigua relación con Michelle?

—No. Eso seguro que no. Mi esposa es Maggie. No la dejaría aquí.

—¿Ella está de acuerdo con que os vayáis?

—No le he dicho nada. Cuando tenga todo más claro hablaré con ella. Supongo que mi padre tiene razón en que voy a privar a las niñas de muchos privilegios si nos quedamos aquí, además de que están rodeadas de peligros.

Ben se encogió de hombros, asintiendo, mientras Connor volvía a pasarse una mano por el rostro.

—Tengo mucho que pensar.

Los dos comenzaron con su rutina diaria mientras el resto de los trabajadores iban llegando.

La mañana se le hizo larga a Connor. Estaba distraído, pensativo y cansado. Un golpe que él mismo se dio con un martillo le hizo lanzar una colección de improperios que le obligó a centrarse en el resto de la jornada.

—Creo que pasaré primero por el río para despejarme —comentó a Ben mientras salían.

—¿Tienes las cosas más claras ya?

—Lo único que tengo claro —le mostró la mano golpeada—, es que así no puedo seguir. Tengo que tomar una decisión cuanto antes. Hablaré con Maggie sin falta.

—Supongo que es lo mejor.



Maggie ahogó un suspiro cuando vio a Michelle acercarse hacia ella que estaba terminando de lavar unas sábanas.

—¿Qué quieres? ¿Continuar tú? —le preguntó con ironía.

—No, claro que no. Eso estropearía mis manos, más de lo que ya se han estropeado al estar aquí.

Maggie apretó los labios para evitar responderle lo que pensaba de esa acusación velada. Ella no era y no iba a ser la sirvienta de nadie.

—Después de lo de ayer, Connor se vendrá con nosotros, conmigo.

Maggie le mantuvo la mirada.

—Eso está por verse.

—Ya sabes lo responsable que es. Las niñas aquí están rodeadas de peligros.

—En la ciudad, también. Diferentes, quizá, pero también están expuestas a cualquier cosa.

—No a perderse o a ahogarse en el río como pasó ayer.

—No les pasó nada. Fueron a curiosear. Se perdieron. Más tarde o temprano habrían aparecido.

—Cualquiera podría habérselas llevado y no las habríamos visto jamás.

—Eso no pasa por aquí. Se encontraron con ese hombre, con Ben.

—¿Qué Ben?

—Un trabajador del aserradero. Él las cuidó hasta que Connor los encontró.

—¿Qué sabéis de ese Ben?

—No lo sé —le respondió molesta—. Podía haber sido Gideon, Caleb o alguno de los hermanos Lewis. No estamos solos. Cualquiera las habría cuidado y devuelto a casa sin problemas.

—Eres demasiado confiada.

—Eso será —musitó impaciente mientras salpicaba de agua a la joven al frotar las sábanas.

Michelle dio un salto atrás, con los ojos brillantes de rabia.

—Eres una salvaje. Solo espero que Connor te deje aquí, en esta casa cochambrosa cuando venga conmigo a la ciudad.

Maggie, furiosa, le salpicó enfadada, mojándole parte del vestido.

—No irá contigo. Por más que insistas. Ya te dejó una vez y seguro que volvería a hacerlo. Eres una arpía.

—Tú no estás a su altura, y nunca lo estarás por más que lo intentes. ¿O te crees que no he notado que últimamente te arreglas más para él? Él es mío.

Maggie fue hacia ella con intención de agarrarla del pelo. Michelle aprovechó la distancia que las separaba para salir corriendo hacia la casa. Maggie corrió tras ella, indignada, furiosa. Un movimiento a la izquierda de la casa llamó su atención haciendo que se detuviera.

Era Rose corriendo hacia un matorral que se estaba moviendo, como si ocultara a alguien detrás.

—¡Rose! —exclamó olvidándose de Michelle que se había escondido dentro de la casa.

La pequeña se giró con una sonrisa, la saludó con la mano y miró hacia la casa, despreocupada.

—¡Conny!

Maggie miró a la pequeña que salía por la puerta, confiada.

—¿Qué haces, Rose? Ven aquí —le pidió Maggie totalmente confundida.

—No. ¡Ven, Conny! —la apremió, antes de mirar a Maggie, seria —. No vamos a volver a la ciudad.

Maggie miró hacia el arbusto. Tenía claro que alguien las estaba esperando allí. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Rose, ven conmigo.

—No. Vamos, Conny.

Maggie corrió hacia Conny deteniéndola por los hombros.

—Rose, ven aquí. Conny, no te muevas.

—No. Conny, ven aquí —exclamó presurosa la pequeña.

Conny miraba a las dos, confundida.

Rose empezó a saltar, nerviosa.

—Conny, corre, ven.

Conny intentó soltarse, pero Maggie la sujetó con más fuerza.

—No os vais a ir a ningún sitio.

—No vamos a volver a la ciudad —exclamó Rose.

—Nadie os va a llevar a la ciudad.

—El tío Connor quiere volver.

Maggie la miró seria. ¿De verdad? ¿Se lo había dicho a las niñas antes que a ella?

—Eso no es cierto, cariño.

—Sí que lo es. Conny, ven, vámonos.

Conny intentó soltarse, nuevamente, para correr hacia su hermana.

—No os vais a ir a ningún sitio —exclamó furiosa.

La cabeza le daba vueltas y casi podía asegurar que había una sombra tras el matorral. Caminó hacia Rose y cuando fue a sujetarla por el brazo para llevarla con ella hacia casa, un hombre alto surgió de detrás del matorral, sobresaltándola.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende ahí escondido? —exclamó tratando de disimular el miedo que se le había disparado en ese momento.

—Es Ben —explicó Rose esquivando a Maggie que trataba de sujetarla por el brazo.

—Me da igual. Vamos a casa. Usted está en una propiedad privada. Le recomiendo que se vaya de aquí antes de que llegue mi esposo.

—No va a llevarse a las niñas.

Su voz era dura. Su mirada, heladora y mostrando una firme determinación. Maggie se vio tentada a dar un paso atrás, pero se prohibió hacerlo. Desde donde estaba, estiró el brazo para atraer a Rose. Él la sujetó por el hombro, impidiendo que se moviera.

—Es usted quien no va a llevárselas—le aseguró Maggie, con los ojos brillantes de rabia.

—Por supuesto que sí.

Conny empezó a llorar, asustada. Maggie le mantenía la mirada al desconocido. Él parecía decidido. Ella también. Ninguno estaba dispuesto a ceder.

Maggie miró a Rose. Parecía que lo conociera. Se mostraba tranquila y confiada a su lado. No iba a soltar a Conny. Dio un paso atrás, con Conny escondida a su espalda. El desconocido se limitó a mirarla. Maggie dio otro paso atrás. Otro más. En un momento dio media vuelta y salió corriendo hacia la casa, tirando de Conny que no paraba de llorar.

Entró en casa, soltó a la niña y, esquivando a Michelle, tomó el rifle que había tras la puerta.

—No te muevas —le ordenó a la pequeña que se había arrodillado en un rincón del salón cercano a la puerta.

Salió corriendo. Nadie se llevaría a las niñas. No si ella podía evitarlo.

Connor parpadeó sorprendido conforme se acercaba a la casa, a lomos de su caballo. ¿Maggie corría con el rifle en la mano? Azuzó al caballo. ¿Qué estaba pasando? No estaría persiguiendo a Michelle en otra de sus disputas, ¿o sí?

Maggie se detuvo antes de alcanzarlos. Si esperaba a llegar ante él, podía perderlos. El hombre llevaba a Rose de la mano y se alejaban con paso rápido.

—Deténgase o disparo —amenazó con voz firme, apoyando el rifle en su hombro como si fuera a disparar.

El desconocido se giró sin soltar a Rose que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Maggie…

—Rose, ven aquí, conmigo —le pidió a Rose con voz firme.

El hombre negó con la cabeza mientras sujetaba de la mano a la niña, con más fuerza.

—Deje eso. Va a hacerse daño.

—No voy a dejarlo hasta que usted suelte a la niña y ella haya vuelto a la casa conmigo.

—¡Maggie! —exclamó Connor saltando del caballo casi a su lado.

Vio a Ben con Rose de la mano, frente a ellos. No entendía nada.

—¿Qué está pasando? Dame el arma.

—No —le respondió Maggie sin apartar la mirada del hombre—. No voy a dejar que se lleve a Rose.

Connor miró a su compañero sin entender la situación.

—Ben…

—No voy a dejar a Rose y en cuanto pueda volveré a por la pequeña.

Connor lo miró extrañado.

—¿Qué te ocurre?

—No voy a dejar que se las lleve —insistió Maggie.

—Yo tampoco —añadió Connor con voz firme mientras notaba un revuelo de volantes llegando hasta ellos y ahogando una exclamación.

Connor y Maggie se giraron para ver a Michelle que miraba a Ben como si lo conociera. De la casa, a lo lejos, salía Randall. Connor y Maggie se miraron extrañados antes de volver a mirar a Ben.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Connor con los brazos en jarras antes de dirigirse a su compañero—. Son mis sobrinas. No vas a llevártelas.

—Son mis hijas. Sí que voy a hacerlo.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada en silencio. La tensión podía palparse en el ambiente. Maggie bajó el arma, sorprendida. Michelle empezó a caminar de espaldas para alejarse de la escena.

—¿A qué te refieres?

—Nunca nos vimos. Tu hermana te habló de mí una vez, pero tú elegiste creer a tu padre y decidir que yo era un muerto de hambre.

Connor sintió un nudo en su estómago. Vagamente recordaba una conversación con Belinda. Él tenía mucho que hacer. Su hermana había entrado en el despacho casi sollozando para pedirle que la apoyara, que no quería contraer matrimonio con el hombre que había escogido su padre. Recordó que apenas le prestó atención. Era demasiado joven como para saber qué era lo que le convenía y su padre le había mencionado algo sobre no sabía qué tonterías del amor hacia un hombre sin oficio ni beneficio.

Connor miró a Maggie antes de volver a mirar a Ben. Sentía que las rodillas le temblaban. Solo la tensión le mantenía en pie. Maggie eliminó la mínima distancia que había entre ambos y le dio la mano en señal de apoyo. Agradeció tan simple gesto.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó serio—. Seguisteis viéndoos pese a ser una mujer casada.

—Nos amábamos —se justificó Ben.

—La pusiste en peligro. Su esposo os descubrió y la mató. ¿No es cierto?

La rabia se dibujó en el rostro de Ben.

—Jamás la hubiera puesto en peligro, pero cuando empezó a golpearla fui a hablar con él.

—¿La golpeaba? ¿Por qué motivo?

—Era un hombre egoísta, mezquino y ruin.

Connor le mantenía la mirada, sabiendo que decía la verdad. Su padre solía codearse con gente como él. Con el estómago revuelto se giró hacia la casa para verlo hablando con Michelle. Supuso que le había puesto al corriente de la tensa situación.

—No voy a dejar que te quedes con ellas. Son mis hijas —le insistió Ben—. Haré lo que sea necesario para que vengan conmigo. No dejaré que te las lleves de vuelta a la ciudad, bajo el techo de ese hombre.

Maggie ahogó una exclamación, reflejo de la sorpresa por lo que acababa de escuchar. Connor había decidido volver a la ciudad con Michelle. ¿Y ella? ¿Iba a dejarla allí? Contuvo la respiración por segundos mientras su corazón parecía reponerse del golpe recibido.

Connor suspiró aturdido. Cientos de ideas en su cabeza habían empezado a dar vueltas. ¿Qué había pasado en el matrimonio de su hermana? ¿Cómo había sido su vida? Él no se había enterado de nada. Se había ido sin mirar atrás. ¿Se podía ser más egoísta? Notó cómo Maggie aflojaba su mano. Soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. Asintió comprensivo.

—¿Podemos hablar esto con más calma?

Ben no se movió.

—Depende de ti. Son mis hijas.

Connor asintió y se hizo a un lado del camino para invitarlo a que caminara hacia su casa con Rose de la mano. Él lo siguió con Maggie a unos pasos a su espalda.

Se detuvo al notar la distancia entre ellos. Le quitó el arma que aún llevaba en la mano sin que ella reaccionara de ninguna manera.

—¿Estás bien?

Maggie lo miró con el ceño fruncido por la preocupación que sentía. Se encogió de hombros. La frustración y el desasosiego de Connor eran visibles.

Randall, serio y frío, mantuvo la mirada a Ben cuando llegó frente a él.

—No te quedarás con nada que le corresponda a mi hija —le amenazó intransigente.

—No quiero su dinero, pero Rose y Conny son hijas mías y no consentiré que nadie se quede con ellas.

—Eso habrá que verlo.

—He venido hasta aquí por ellas. Las encontraré donde se las lleven y les denunciaré si hace falta.

Connor llegó hasta ellos. Michelle, tras su padre, no parecía sorprendida por lo que estaba ocurriendo.

—¿Tú lo sabías? —enfrentó a su padre.

—Este hombre solo quería el dinero de tu hermana y su posición social. Es un muerto de hambre.

—Por eso la obligaste a casarse con quien tú quisiste y Belinda murió.

—Tu hermana fue infiel.

—¿Y eso justifica lo que le sucedió? No cayó por las escaleras, ¿no?

—No sé los detalles.

—Pero sabías que la golpeaba. Las niñas fueron testigo de eso… —miró a Ben—. ¿Tú lo sabías? ¿No la defendiste?

—Belinda jamás me lo dijo. Lo descubrí el día de antes. Iba a ir a matarlo, pero ella me prometió que hablaría con él y que lo dejaría.

—No podía hacer eso —interrumpió Randall—. Un Latimer no falta a su palabra y ella prometió ante Dios ser su esposa.

—Ese hombre no se merecía nada más que un tiro en la frente —exclamó Ben furioso con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo crees que se sintió cuando Belinda le dijo que estaba embarazada, dos veces, sabiendo que no eran suyos? Tuvo una enfermedad de niño que lo dejó incapaz de tener hijos. No lo sabía nadie. A mí me lo confesó un día tras unas copas de más. No creo ni que recordara que me lo había dicho. Podía haberlas matado a ellas y no lo hizo —señaló a Rose que seguía de la mano de su padre.

Connor miró a su padre, implacable. La dureza, la frialdad y la rabia que sentía se reflejaban en su mirada.

—Padre, no sé qué sería capaz de hacerte en estos momentos. Prepara tu equipaje y yo mismo te acercaré mañana a la diligencia.

—Piénsalo bien, hijo —le advirtió con frialdad—. Ya no tienes nada que te ate aquí. Vuelve conmigo. Todo será tuyo. Será como si nada hubiera pasado.

Maggie escuchaba en silencio, incapaz casi de respirar por la tensión que reinaba en el aire. Sabía cuál sería la respuesta de Connor. No volvería con su padre, pero ¿qué sería de ella si ya no había niñas a las que cuidar?

—Te he dado de plazo hasta mañana. No hagas que me arrepienta y te lleve hoy mismo.

Randall le mantuvo la mirada, serio, por unos breves instantes. Con gesto arrogante dio media vuelta y entró en la casa. La pequeña Conny aprovechó para salir y correr hacia su hermana.

—Yo… —empezó a balbucear Michelle.

La mirada cargada de desprecio de Maggie, la hizo callar. Levantando la barbilla, altiva, les dio la espalda para entrar en casa.

Ben y Connor se mantuvieron la mirada, firmes, por unos instantes que parecieron durar horas.

—Lo siento —se lamentó Connor rindiéndose ante la situación—. No sabía nada. No imaginé que…

Ben aceptó sus disculpas con un asentimiento de cabeza.

—Belinda no te culpó nunca.

—Debí haberme dado cuenta.

—Ella tampoco sabía lo que iba a suceder —le explicó apenado—. Intentó mantener su palabra. Nos mantuvimos distantes, pero la convivencia con ese hombre era dura y difícil. Alguna vez buscó refugio en mis brazos. Lo justo para que ellas nacieran. Belinda descubrió tarde su incapacidad. Pensábamos escaparnos el día que todo sucedió. Debió descubrirla con el equipaje preparado. No sé más. Después tu padre se ocupó de todo.

—¿No hablaste con mi padre?

—Nunca quiso recibirme. Por una empleada de la casa me enteré de que venían aquí a traerte a las niñas. No iba a abandonarlas.

—Ellas te conocen.

—Alguna vez nos veíamos en el parque. Para ellas, yo solo era un amigo de su madre.

Connor asintió casi sin aliento. Las rodillas le temblaban.

—Lo siento.

Ben asintió sabiendo que su dolor era real y sus palabras sinceras. Maggie miró a las niñas que los miraban intranquilas. Sentía un nudo en la garganta, por Belinda, por ella, que necesitaba deshacer.

—¿Qué os parece si vamos a cortar unas flores para ponerlas en un jarrón sobre la mesa?

Las pequeñas asintieron sonrientes. Maggie apenas levantó la mirada cuando se alejó de los dos hombres. Las lágrimas empezaron a rodar, silenciosas, por sus mejillas, en cuanto se alejaron. Las piernas. temblorosas, la sostuvieron hasta llegar a la pradera que había en la parte trasera de la casa. Allí se dejó caer de rodillas y empezó a sollozar, angustiada.

Las niñas recogían flores, sonriendo. Maggie las observaba entre lágrimas. No podía imaginar lo que habrían visto, lo que Belinda

habría sufrido… ¿Qué ocurriría ahora? ¿Ben querría volver a la ciudad? ¿Qué haría Connor? ¿Qué sería de ella? Tomó aire. Poco a poco se fue relajando. Saldría adelante ocurriera lo que ocurriera.



Cuando volvió a casa, vio a Connor sentado en las escaleras. Las niñas la adelantaron para entrar en la casa con las flores silvestres que habían preparado en dos ramos.

Maggie se detuvo, extrañada, frente a él. Su expresión era desoladora.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y Ben?

Connor la miró conteniendo la respiración. Se hizo a un lado para que se sentara junto a él.

—Se ha ido al barracón donde duerme con el resto de los trabajadores del aserradero. Mi padre se negó a cenar en la misma mesa que él. Prepotente, orgulloso —apretó los puños con furia—. No sé qué hubiera sido capaz de hacerle… No quiso problemas. Sabe que las niñas son suyas y no evitaré que vayan con él.

Maggie, sentada a su lado, asintió en silencio. Las niñas se iban. Sintió que su corazón se encogía, ¿y ella?

—Mañana los acercaré a la diligencia. Espero no volver a verlos nunca.

—No vas a volver con ellos —quiso confirmar.

—Jamás.

—¿Y Michelle?

Connor la miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—Michelle vino por ti.

—Ya te dije que habíamos roto el compromiso antes de que yo me marchara.

—Sí, pero…

—Pero ¿qué?

—No lo sé. Hizo un viaje muy largo para venir a verte.

—No se lo pedí.

—¿No te importa que se marche?

—Claro que no, ¿por qué iba a importarme?

—Ella todavía te ama.

—Lo dudo.

—Parece muy segura de que vas a seguirla —musitó insegura.

Connor vio el dolor reflejado en sus ojos.

—No voy a irme de aquí.

—¿Y qué va a pasar con nosotros?

—¿A qué te refieres?

—Quisiste casarte conmigo para que cuidara a tus sobrinas. Ellas se irán con Ben… ¿qué va a pasar con nosotros?

—No entiendo la pregunta. Ben va a quedarse, sí. Aquí tiene trabajo y las niñas van a la escuela. Se construirá una casa, pero hasta entonces las niñas vivirán con nosotros. Lo hemos hablado cuando te las has llevado. Quiere lo mejor para ellas, que estén cómodas y seguras.

—¿Y después?

—¿Después qué, Maggie?

Maggie se levantó molesta, cruzando los brazos sobre su pecho, protegiéndose de la angustia que estaba sintiendo.

—Nosotros, Connor, nosotros. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Vas a dejarme? ¿Vas a buscar otra mujer que te guste más ahora que no tienes prisa por encontrar una madre para tus sobrinas?

Connor se levantó confundido.

—¿Qué tonterías estas diciendo?

—No son tonterías. Las niñas fueron el motivo por el que me propusiste matrimonio. Si ellas se van, no me necesitas.

—No había pensado en eso…

Maggie parpadeó incrédula. ¿No había pensado en dejarla y se lo estaba proponiendo ella? ¿Se podía ser más torpe?

—¿Tú quieres…? Pero… ¿lo estás diciendo en serio? —le preguntó aturdido—. ¿Quieres…? ¿De verdad quieres dejarme?

Era lo que le faltaba por oír para terminar un día terrible.

—Yo no he dicho eso.

—Maggie, me estás diciendo que si no hay niñas no hay motivo para estar juntos.

—Bueno, sí, he dicho eso —se ruborizó incómoda.

—Estamos casados. ¿Eso no significa nada para ti?

—No quiero obligarte a que te quedes conmigo solo porque una vez tuviste prisa por encontrar esposa.

—¿Sería una obligación seguir casados? ¿Es lo que quieres decirme?

Maggie lo miró confundida. ¿Era ella la que le estaba proponiendo que la dejara? No pretendía que sonara así.

Connor volvió a sentarse en las escaleras. Era lo que le faltaba por oír. Que Maggie quisiera alejarse de él por no tener ya a las niñas. La puerta de la casa se abrió a su espalda.

Maggie entornó los ojos con una mueca. La perfecta Michelle con un deslumbrante vestido verde, totalmente inapropiado para el lugar en el que estaban, salió decidida.

—Connor, ¿podemos hablar?

Connor se levantó pasándose una mano por la cara, en señal de agotamiento y frustración. Maggie aprovechó la interrupción para entrar en casa.

—No hay nada de qué hablar —le señaló, cansado, en cuanto se quedaron a solas—. Es más, deberías estar haciendo la maleta para volver mañana a casa.

Michelle llegó hasta él y se arrojó a sus brazos buscando sus labios sin encontrarlos.

—Vuelve conmigo. Podemos ser felices juntos. No tienes por qué vivir con tu padre si ese es el problema. Nos compraremos una casa. Heredarás sus empresas. Podemos ser felices.

Connor la apartó de su lado.

—Déjalo ya, Michelle. No voy a irme de aquí. No voy a separarme de mis sobrinas ni de Maggie.

—Las crías estarán con su padre. No te necesitan. Y esa mujer… encontrará otro hombre en este lugar.

—Esa mujer es mi esposa y no pienso abandonarla.

—A mí me abandonaste.

—No lo hice. Rompí el compromiso antes de salir de viaje.

—Ven conmigo. Podrás olvidarla.

—No estoy dispuesto a comprobarlo, Michelle.

—¿Por qué la eliges a ella? Es una deslenguada, impulsiva, independiente, insolente y tiene las manos ásperas de lavar la ropa. Se atreve incluso a coger esa arma que tienes tras la puerta.

—Aquí se necesita saber disparar, Michelle, y lavar la ropa. Ella vino de la ciudad y se adaptó aquí. Tú jamás lo harías.

—Desde luego que no. Este lugar es… es… No es tu sitio.

—Sí lo es. Y has dejado claro que el tuyo no. Sinceramente, Michelle, me alegraré cuando os subáis a la diligencia y os alejéis de aquí.

Michelle frunció el ceño, apretó los labios y con un gesto altivo le dio la espalda para volver a la casa.

Connor soltó un suspiro aliviado y frustrado a la vez. Estaba deseando que todo volviera a la normalidad.

Maggie se retiró de la ventana con rapidez cuando vio que Michelle estaba a punto de entrar. No había podido escuchar la conversación, pero sí que había visto cómo Connor rechazaba sus labios. Por instantes se había sentido reconfortada.

Miró a Michelle cuando entró airada, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Qué miras, estúpida?

Sin esperar respuesta, se dirigió a su dormitorio dando un portazo. Maggie no pudo disimular una sonrisa. Al día siguiente se marcharían y volverían a estar solos como una familia… aunque fuera por unos días.

Connor entró poco después, mientras las niñas terminaban de colocar los platos en la mesa. Al cerrar la puerta se fijó en el rifle.

—¿Quién te enseñó a manejar el arma? Me cuesta imaginarme a Fox enseñándote a hacerlo.

—Nadie. El esposo de mi madre jamás nos enseñaría algo así… aunque supongo que sabe utilizarlas.

Connor la miró asombrado.

—¿Aprendiste sola?

—No. No sé utilizarla.

—Apuntaste a Ben con ella.

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Podías haberte hecho daño.

—No se hubiera llevado a las niñas.

Connor esbozó una media sonrisa.

—Recuérdame que te enseñe a utilizarla. Nunca se sabe qué puede ocurrir.

Maggie asintió satisfecha. Connor sonrió al ver cierto brillo en su mirada. Esa mujer habría hecho lo imposible para proteger a las niñas e impedir que se las llevaran.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Podías haberte hecho daño con el arma.

—Ya te dije que no iba a permitir que se las llevaran.

—¿Por qué?

—No entiendo tu pregunta. Son nuestras. Confían en nosotros para que las cuidemos. Es nuestra responsabilidad.

Connor acortó la distancia entre ellos. Maggie se ruborizó ante su cercanía. Se intentó acomodar ligeramente el cabello, pese que sabía que jamás podría lucir como Michelle.

—Somos una familia —afirmó Connor.

Maggie asintió. No sabía cuánto duraría eso, pero sí, lo eran.

Connor la tomó por las manos. Maggie sintió una oleada de calor recorriendo su cuerpo. Sus manos parecían encajar a la perfección y eran fuertes y cálidas.

—Te agradezco que aceptaras mi propuesta de matrimonio sin conocerme para ayudarme a cuidar a unas niñas a las que tampoco conocías.

Maggie contuvo la respiración. ¿Qué iba a decirle? ¿Que ya no había nada que los uniera?

—No voy a dejar que te vayas, Maggie —le aseguró con voz firme —. Si quieres volver a casa de tu madre, te cortejaré como sea que haya que hacerlo, pero no quiero una vida sin ti.

Maggie lo miró sintiendo que una oleada de calidez envolvía su corazón, acariciándolo con ternura. Una dulce sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿De verdad?

Connor la besó buscando en ella el refugio y el hogar que nunca había tenido. Maggie le devolvió el beso haciendo que encontrara mucho más.

—No soy como Michelle —murmuró ruborizada, pasándose una mano por el cabello cuando dejó de besarla.

—No quiero a Michelle —le susurró al oído, rozándola con su aliento—. Quiero la mujer bonita, fuerte, decidida y valiente que eres.

La miró a los ojos.

—Tendremos nuestros propios hijos, nuestra propia familia, ¿estás de acuerdo?

Maggie asintió orgullosa. Se separaron con una mueca de decepción cuando escucharon que la puerta de uno de los dormitorios se abría a sus espaldas. Randall llegó hasta ellos, serio.

—¿No está servida la cena?

—No —respondió Maggie risueña—, pero la prepararé en un momento.

Connor apenas cruzó la mirada con su padre antes de dirigirse hacia donde estaban las pequeñas, ignorándolo. No tenían nada más que hablar.

Connor y Maggie se dieron la mano cuando vieron cerrarse la puerta de la diligencia con Michelle y Randall en su interior. El alivio que sentían era visible en sus rostros.

Randall, hasta el último momento, había intentado convencer a su hijo de que regresara con él. No lo había conseguido.

Connor se sentía satisfecho y orgulloso.

—¿No echarás en falta la vida de la ciudad o esos negocios de los que tu padre siempre alardeaba? —le preguntó Maggie mientras el cochero de la diligencia azuzaba a los caballos.

—No —le respondió Connor con seguridad.

—Algún día tendrás que volver para hacerte cargo de ellos.

—No lo sé. No me lo voy a plantear. Ahora estamos aquí. Tú y yo.

Maggie asintió convencida antes de suspirar aliviada cuando vio que la diligencia se perdía en el horizonte.

—Hablé con Ben. El domingo en el sermón pediremos ayuda para construir su casa. Quiere darles a las niñas el hogar que no pudieron tener con su madre.

—Siento mucho lo que le ocurrió a tu hermana.

—Sí —suspiró con tristeza mientras se dirigían a la carreta—. Recuérdame que les digamos a nuestros hijos que deben cuidarse unos a otros y asegurarse de que están bien, tengan la edad que tengan. No pueden darse la espalda y confiar en que no tengan problemas. Han de estar unidos.

Maggie asintió convencida.

—Entonces, si no te importa, voy a hablar con mi hermana. Debo contarle que Michelle ya se ha marchado.

Connor la miró con una media sonrisa.

—¿No puedes hacerlo más tarde?

—No, ¿por qué? Las niñas están en la escuela.

—Precisamente, por eso —le sonrió tomándola en volandas, haciéndole lanzar una exclamación de sorpresa—. Avisé en el trabajo que llegaría más tarde. Volvamos a casa. Tenemos que formar nuestra propia familia.

Maggie hundió su cabeza en su cuello con las mejillas sonrojadas y una sonrisa ilusionada en sus labios. Todo su ser parecía haberse encendido ante la promesa de lo que iba a suceder entre ambos.

Connor la llevó hasta la carreta. La ayudó a subir y se sentó a su lado.

—Creo que no te he dicho que te amaba —le comentó con fingida indiferencia tomando las riendas.

—No, no lo recuerdo —sonrió divertida—, pero puedes decírmelo las veces que quieras.

Connor le devolvió la sonrisa, satisfecho y orgulloso. Formaría su propia familia en aquel lugar, con esa mujer, y sabía que serían felices. Para siempre.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Duncan (https://amzn.to/4mYdnPN) , o de la maestra de Henleytown (https://amzn.to/4mZhjQr) ?

No te la pierdas. Si no la has leído todavía búscala en las bibliotecas digitales!!.

Otras novelas de la autora, de la misma serie

Serie Valientes

Abandonada

Ella era una mujer abandonada**.** Él un condenado a muerte con sed de venganza.

¿Les permitirá el resentimiento aprovechar esta nueva oportunidad?

A Katherine Hamilton no le ha quedado más remedio que convertirse en una mujer fuerte. **Plantada en el altar** el que iba a ser el día más feliz de su vida, y con sus padres fallecidos, se ha propuesto sacar adelante el deteriorado rancho familiar, sin la ayuda de un marido.
Jack Stone ha sido juzgado, considerado **culpable** y condenado a muerte por un delito que no ha cometido. Ha prometido vengarse del hombre que le ha colocado en esa situación, y para ello, debe mantenerse vivo.
Cuando antes de ser ejecutado, una mujer con rostro de ángel ofrece a Jack recuperar su libertad después de **un año trabajando a su servicio,** se siente el hombre más afortunado del mundo.

Ella no quiere depender de nadie. Él nunca ha tenido a alguien que dependiera de él.

¿Podrán olvidar su pasado y crear un futuro juntos?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace: https://amzn.to/43ZuMim y *¡**Viaja al Oeste** de la mano de la*

*escritora de la **serie romántica** Edentown!*

Decidida

Ella busca una nueva vida. Él quiere que todo siga igual. Pero han de aprender a vivir juntos ¿Podrán llegar a un acuerdo que los beneficie a ambos?
Cansada de la violencia de su entorno, y **huyendo de un matrimonio** con un hombre déspota y cruel, Sarah Stuartse escapa de lo que siempre ha considerado su hogar.

Asume una identidad que no es la suya y se esconde en Henleytown, donde espera que su hermano y el que iba a ser su futuro marido, no la encuentren nunca.
Josh Carrington está demasiado ocupado con la **cría de caballos** como para prestar atención a la **desconocida** que se presenta como la **viuda de su hermano**.
Sin embargo, sus bonitos ojos del color de la miel, y esa combinación de valentía y temor, hacen a su cuñada demasiado irresistible.

Sarah no quiere saber nada de ningún hombre. Josh jamás comprometería a la mujer de su difunto hermano
¿Se mantendrán firmes en sus decisiones cuando la verdad salga a la luz?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace: https://amzn.to/4l1jBN5 y *idescubre las **bonitas historias de amor que se suceden en el Oest**e!*

Caprichosa

Ella es caprichosa y siempre consigue lo que quiere, él es testarudo y no da su brazo a torcer, pero cada vez que se ven, sus corazones arden.

Aileen Brewer está decidida a demostrar a su familia que es capaz de montar su propio negocio. Por ello, y alentada por las oportunidades que ha oído que ofrece el Oeste llega a Henleytown llena de entusiasmo.
La realidad no es lo que esperaba, pero no por ello va a rendirse. De hecho, nunca lo ha hecho.

Dylan Edwards se siente obligado como sheriff a mantener la paz en Henleytown, algo relativamente sencillo hasta que aparece una joven pelirroja con extravagantes ideas, que altera la tranquilidad a la que ya se había acostumbrado.

¿Qué ocurrirá cuando Aileen comprenda que lo que mejor puede garantizar su seguridad en ese territorio es casarse? ¿Cómo reaccionará Dylan cuando sepa quién es el afortunado en quien ha puesto sus ojos para ello?

¡Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace https://amzn.to/4jOP8AX y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en esta serie romántica ambientada en el oeste!

Otras novelas de la autora

Serie Edentown

Una decisión afortunada. (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe… hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu e-book hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/2FcUyIF y idescubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

El triunfo del hogar (Edentown 2)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo .

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad

eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu e-book hoy haciendo clic aquí: https://amzn.to/3j5JAnC y *idescubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!*

Una pasión escondida (Edentown 3)

Ella no sabía lo que era la pasión hasta que él le enseñó todo lo que podía darle.

Cansada de hacer siempre lo que se espera de ella, Jane Muldoon decide tener una secreta y tórrida aventura de fin de semana con un atractivo motorista al que no piensa volver a ver.

Jared Jackson no puede evitar sonreír cuando, sin apenas esfuerzo, se lleva a su habitación a la rubia más guapa y sexy que ha visto en su vida. Era lo mejor que le había pasado desde hacía muchísimo tiempo.

Lo que ninguno esperaba era que volverían a encontrarse en los días previos a la boda de sus mejores amigos.

Jane encuentra lo que sabe que le falta. Jared descubre lo que no sabía que necesitaba.

¿Podrán hacer frente a ello?

GRATIS en la web: https//:**www.annabethberkley.com**

Serie Hermanas McVee

El amor te busca

¿Le quitarías a tu hermana el puesto de trabajo que reconoce como suyo? ¿Podrías enamorarte de tu principal competidor en los negocios?

¿Consentirías que tu socio robara clientes a tu adversario, aprovechándose de una mujer? ¿Ocultarías tu apellido para que alguien se enamorara de ti?

A Sharon McVee no le gustan las obligaciones, ni trabajar mucho tiempo en el mismo sitio, pero cuando su padre la llama para que dirija la empresa familiar ante su inminente jubilación, acude sin pensárselo.

Brett Harper lleva una vida tranquila y organizada hasta que irrumpe en su vida una bonita rubia a la que no quiere dejar de ver… aunque tenga que ocultar su verdadera identidad. A la vez, su socio en la empresa empieza a obtener información privada de su oponente que les hace aumentar su clientela y sus beneficios.

¿Familia o negocios? ¿Amor o dinero? ¿Encontrarán entre los dos una manera de conseguirlo todo?

Encuéntralo en este enlace: relinks.me/B08YWYY1SP

El amor te encuentra

Tess McVee necesita reinventarse y lamer las heridas que su orgullo ha recibido. Después de que su última pareja se aprovechara de ella para robar información de la empresa familiar en la que trabajaba y que finalmente no va a heredar, como toda su vida había pensado, decide parar y replantearse la vida.

Por sugerencia de su hermana, se refugia en un acogedor hotel en una zona vinícola, donde se siente completamente fuera de lugar.

Nathan Murray es dueño, entre otras muchas propiedades, del pequeño hotel rural donde Tess se aloja. Sospecha que el contable que gestiona su patrimonio le está robando, pero él no sabe nada de

contabilidad ni de ordenadores, ni siquiera está interesado en aprender.

El amor no tiene cabida en sus vidas. No van a buscarlo, pero … ¿Y si lo encuentran?

Descubre esta preciosa novela en este enlace: relinks.me/B0935V7163